

Martín Sánchez

CORAZON PINTADO



DEFENSORES DE BELGRANO

Un siglo de historias únicas
y personajes inolvidables

Prólogo Diego Chavo Fucks

ediciones

al arco

Diseño

Federico Sosa

Impreso en MPS, en diciembre de 2006.

Fecha de catalogación 21-11-2006

Sánchez, Martín

Corazón pintado. 1° ed.

Buenos Aires: Al Arco, 2006.

110 p. 20x14 cm.

ISBN 987-1367-01-5

1. Deportes-Historia del Club. I. Título

CDD 796.332 06

Martín Sánchez

CORAZON PINTADO

Un siglo de historias únicas
y personajes inolvidables

ediciones
al arco

A Mara, que en un pase de su magia transformó a la muerte en vida y esperanza.
A mi viejo, que leerá en un cafecito del cielo.
Y a mis hijas Lucía –que heredó mi amor por Defe–, y a Rocío –que es hincha de All Boys pero la quiero igual–.

AGRADECIMIENTOS

Muy especialmente a:

Dr. Alfredo Imbrogno, Ovaldo Chiarello, Andrés Burgo,
Román Queiróz, Daniel Escudero, Gustavo Sentar,
Rafael Carfagna, Marcelo Achile.

COLABORACIONES PERIODISTICAS

Waldemar Iglesias y Damián Zanca.

PROLOGO

Defe, Martín y yo

La primera vez que vi a un equipo de Defensores en un campo de juego fue en 1972. Lo tuve en contra, porque soy hincha de Dock Sud. Estaba en Primera C, acababa de descender. Defe tenía un equipo notable para esa categoría. Jugaban el Gato Anhiello, Busti, Redondo, Giardullo, Gigli, Albino Valentini, el Peludo Gigliani, el paraguayo Vidal Ayala (que había jugado en Dock Sud)... y el Loco Houseman. Pero Houseman no iba a estar en la cancha del Docke, justo tenía una pequeña lesión. Defensores venía invicto. Yo tenía 11 años y recuerdo haber vivido una semana absolutamente anormal. Andaba nervioso, ansioso. El puntero del campeonato, el que el año anterior se codeaba con los grandes de la B, venía a nuestra casa.

El escenario lucía magnífico, diría Fioravanti. Apareció Defe, acompañado por una multitud (sigo con los giros radiofónicos). Los papelitos me cubrieron cuando salió el Docke. El partido fue trabado, duro. Recuerdo a Defe con su camiseta roja y negra a bastones anchos, más pantalón negro más medias blancas. Nosotros, como siempre, nos presentamos con la de bastones azules y amarillos. Y con pantalón y medias azules (¡cuánta nostalgia!). La cuestión fue que ganó Dock Sud, les quitamos el invicto, ganamos 1 a 0 con un gol de un 9 llamado Barrientos. No sé si habrá sido por este gol, pero este tal Barrientos terminó jugando en la contra de Defe, en los de Pampa y Miñones. Nos costó muchísimo, habíamos jugado ante un gran equipo. Era una época en la que la Primera C tenía varios grandes equipos: Flandria (que acompañó a Defe en el viaje a la B), el Central

Córdoba de Carlovich, el mismo Dock Sud, Sarmiento de Junín, Brown de Adrogué, Italiano, Dálmine... Era una categoría impresionante, digna de un tiempo que se extraña con locura.

En la revancha, con Defe ya listo para ser campeón –enorme campeón– nos ganaron 3 a 1. Esa tarde también la recuerdo bien. Primero, porque siempre me fascinó conocer canchas nuevas y conocí la de Defensores. Segundo, porque fue la primera vez que vi en vivo a René Orlando Houseman. Mas que verlo, lo sufrí. Dock Sud tenía un back central buenísimo llamado Cvitkovic. Pero en ese partido, René lo mató. Jugó de wing izquierdo, porque en la derecha estaba Vidal Ayala. El baile que nos dieron René y todo Defe fue inolvidable.

Tengo muchos recuerdos, pero poco lugar. Ya como periodista de Tiempo Argentino, donde conocí y disfruté a Martín Sánchez, vi al equipo de Ronci, Banana Galbán, Arbelo, Walter Fernández, Cáceres, el Chocho Correa, Barrios, Fraga, otra vez Anhiello. Era 1984. Vi a ese Defensores golear a Quilmes en la vieja cancha de Guido y Sarmiento 5 a 2, dando una exhibición.

Nombré a Martín Sánchez. Lo conozco hace más de 20 años. Sé de sus ideas, sé de su talento para apretar las teclas de una Olivetti o de una compu, no necesito que nadie me lo diga.

Y tampoco necesito que nadie me diga de su amor incondicional por Defensores. Atesoro cada broma al regreso de la cobertura de los partidos del ascenso en la añorada redacción de Tiempo Argentino.

Señores hinchas de Defe: sepan que este libro es de un autor que posee ingredientes fundamentales para que sea fascinante: primero, un tipo que escribe como pocos. Segundo, un tipo que ama a este club como pocos.

Como casi nadie, diría...

Diego “Chavo” Fucks

Mis páginas necesarias

Estas páginas me las pedía el alma. No encontré más razones para negármelas cuando Defensores cumplió 100 años de vida. Si no es ahora, cuándo sacar a pasear los fantasmas de viejos tiempos, cuándo dejar en claro al barrio todo lo que lo quise, cuándo plasmar en letras que nadie borrará que este club fue y es uno de las mejores cosas que me pasó y me pasa. Cómo no obligarme a un puñado de noches de desvelo para quedar a mano con la conciencia. Si hablo de historias relacionadas con el club, van a aparecer de cualquier manera mis amigos, mi viejo, mis hijas. Pero cuando el amor es grande uno cree que nunca retribuye lo suficiente. Y en este pequeño libro han quedado demasiadas horas de vidas sin ser contadas. Tal vez el azar guió a las pocas que ahora lucen orgullosas entre dos tapas. Pero ha quedado tanto como siempre ahí, suspendido en el misterio del tiempo, en los caprichos de la memoria... Una memoria que cuando pide permiso puede exagerar acontecimientos, cambiar porfiada algún escenario y modificar fechas. Y hasta de regocijada puede condimentar con ficciones. Todo esto pudo haber ocurrido en algunos pasajes de Corazón Pintado. O no. Ahora mi alma parece más tranquila, la he sacado un poco afuera.

Martín Sánchez

Colores
que adornan
nuestros
sueños
[capítulo uno]

[1]

Será. Una de las máscaras de la locura será quizá la que nos envuelve en la cancha. Ya no sirve preguntarnos por qué nuestro tan imprevisible corazón ensaya su esporádica rutina de tambores cuando la pelota se mueve. Los minutos atados y envueltos en una hora y media se derriten de todas maneras, y nosotros los aprisionamos y se nos escapan y no queremos y nos retorremos en el esforzado rechazo de nuestro defensor, y qué decir de la risa cuando ese nueve al que le daríamos una lonja del alma, la empalma al otro palo del arquero.

Será. En definitiva será una sentencia de felicidad sentir al fútbol, y ser sentido por él. Es cierto que es sencillo incorporar la cabecita a las muchedumbres. La vida en los tiempos postreros es una invitación cotidiana a anonimatos, números y a hundir el pecho débil en el protagonismo de una estadística. Cualquiera es masa, pero no cualquiera perdura con el corazón bañado en el perfume del barrio. Los humanos somos frágiles, y las luces fuertes encandilan, enceguecen y arrastran. Los equipos de masas requieren a veces de aderezos para condimentar la pasión. Nosotros, los de abajo, estamos siempre hechos, aunque nos amenace el éxito vanidoso y nos escondan el tiempo para las

utopías.

Será. Te ves con los que ves desde siempre, y será que vernos crecer, vernos engordar o enflaquecer de pena, vernos andar y vivir, y vernos que las caras nos cuenten que se hace lo que se puede, en la tribuna es mejor. Mientras saludamos la salida del equipo nos contamos del viejo que se me muere, y de nuestra nena que se desvive. Que el gobierno sirve o no sirve, y que Marquitos o Fernando siguen sin venir porque del cielo no los dejan.

Será. Uno creía que fue el único extraviado que no fue a citas, que faltó a trabajos, que lloró en cualquiera de sus variantes, que corrió peligros, pero será que nos pasa a todos nosotros. Que planificó con reservas esperando el resultado, porque es fiesta si ganamos y los demonios nos llevan a sus casas si perdemos. Alegría y pesar. Sonrisa y nada. Es el fútbol, y la pelota andando entre camisetas de unos colores que adornan nuestros sueños y pintan los corazones.

Será. Difícil de entender será para tantos, porque hay corazones delicados. Pero los nuestros saltan, porfían, pelean, abrazan, aguantan.

Será que soy de Defe y tengo aguante.

Cien años, parece cuento

Publicado por el autor en Clarín el 25/05/2006

Como escribiría Borges sobre su Buenos Aires, parece cuento que Defensores llegó a los 100 años. Allá cuando el siglo bostezaba fue a abrazarse al río en las tierras pantanosas de Vilela y Blandengues (ex Av. Libertador), después de que aquellos locos fundadores y murgueros sentaran cabeza. Contra toda esperanza ajena, se afirmó en la tierra blanda y hasta 1930 jugó al amateurismo con un orgullo que no le puede quitar ni un milenio: Defe le ganó a los cinco grandes del fútbol argentino. Y el pecho se le infló hasta el colmo cuando su jugador Gerardo Caldas fue figura en la Selección Argentina. La tapa de El Gráfico entera para Caldas circula aún entre los corazones nostálgicos. Su gente quiso seguir de risas y sin preocuparse, quiso abrazarse con rivales y no odiarlos, y rechazó el profesionalismo. Volvió en 1936 al fútbol que organiza AFA, y se acomodó de a poco a esa realidad que no entendía: pagar o cobrar por jugar. En 1953 se obtuvo el primer título de campeón, y después de que el Tano Darío Vittori, rey de la comedia familiar, fanático y tesorero de Defe dejara en orden las cuentas, se gritó el segundo en 1958, con un invicto de 22 fechas y un final de 9-0 a J.J. Urquiza.

Defensores sobrevivía y crecía, mientras los clubes de fútbol de la zona norte de la Capital se iban. Se empezaron a construir piscinas, confiterías y fútbol. No se va a olvidar el

equipo de 1967 de Angelito Labruna, como no se va a olvidar el de Ronci-Galbán-Arbelo de 1984, ni el del 2001 que subió al Nacional, y tampoco el de 1992 que dio la vuelta en Dock Sud. Pero ese del '67 salió campeón de la vieja B, y el sueño que porfía de subir a Primera se atragantó como nunca y se deshizo en un Reclasificatorio. Jugadores como Chiti, Ramiro Pérez, Parodi, Giardullo, Busti, Aldaz, Hugo Rodriguez, Tossi, Walter Fernández, Almanza, Schulmeister, Cochás, Gabriel Pereyra fueron sólo algunos de los jugadores que se metieron en la memoria.

También hubo un título en 1972. Y apareció un pibe al que llamaban Hueso por sus huesos a la vista. Lo ganó él solo, pin-celando sublimes firuletes en la raya. El documento arrugado decía: René Houseman. Eran épocas doradas, como el pelo de Juana Molina tomando sol en la pile con su mamá Chunchuna. Venía Emilio Vidal, el que hacía reír en el Telecataplum de la TV. Y el querido Fidel Pintos ahí estaba, tomando un café en el bar antes de cada partido, con su traje impecable y su narizota no tanto, la que estiraba por los nervios de un gol en contra. O Bernardino Veiga, haciendo historia en el relato de Boca, pero derramando por los laterales de su corazón su amor por Defe. Y Chuenga vendiendo chuengas en la techada.

Parece cuento los 100 años...

El barrio y los años felices

[capítulo dos]

[2]

Los campitos

A Gustavo el “mosca” Sentar, a Daniel el “marciano” Escudero y a Rafael el “tano” Carfagna, copropietarios de los campitos, y con los que ya superamos los 40 años inoculados por el virus del Dragón.

El barrio de Defe era otro en mis años de asombro, infancia y juventud. La avenida Comodoro Rivadavia nacía ancha, anchísima, casi salvaje desde las vías del Ferrocarril Mitre, y nos obsequiaba a los pibes sus tres “campitos” hasta la avenida Libertador. Si hoy a algún chico de barrio se le cuenta que hubo una vez, que hubo una ciudad de Buenos Aires con muchos pedazos libres para jugar, correr, revolcarse, hacer goles, comer ramitas de pasto y cazar mariposas, no lo va a creer rodeado de pantallas de TV y PC , ni tampoco asomado al murmullo de autos desde su ventanita de edificio que da a la ventanita de enfrente. Pero nosotros, en el barrio, vivimos el edén de tres canchitas propias, de tres “campitos” propios, que eran nuestros por derecho propio de vecindad y de ocupación.

Pasábamos días enteros en los “campitos”, que se llamaban así, o potreros. Pero acá eran “campito”: “¿Martín está? No, se fue al campito”, contestaba mi vieja.

El primer “campito” lo habíamos tomado por la mitad, porque era irregular en sus cercanías con las vías. Lo usábamos a lo ancho y en el límite con la calle 3 de Febrero. Tanta suerte teníamos, que había dos arcos ya hechos o casi, para jugar al fútbol. Unos atacaban para “el cartel”, una pesada y alta estructura de chapa sostenida por pilotes de madera de dos metros, que ofrecía sus dos caras para pegar propagandas. El arquero se ubicaba debajo del cartel, y la pelota se iba alto si sonaba el estruendo de la chapa. Los otros avanzaban para el arco del “lechero”, que armábamos con los pértigos de su carro que descansaba con caballo y todo frente a su casa, que era como la del casero del campito. El problema era con el alazán del Lechero. Era como nuestro también y lo queríamos, y no nos gustaba que recibiera pelotazos. Lo atábamos en un árbol desvencijado casi sobre la calle. Pero una vez, jugando un desafío con los de la calle Jaramillo, “Llanero” –así le decíamos por la serie El Llanero Solitario– se soltó con árbol y todo, y tapó un tiro de gol de los contrarios. La que se armó. Que fue gol, aullaba la contra, que saque de arco decíamos nosotros. Hubo piñas, se acabó todo, y terminamos rajados por el Lechero que era bueno, pero dormía todo el día cuando lo dejábamos, después de repartir bien temprano en cada puerta del todo el barrio la leche en botellas verdes, petisonas y regordetas.

El otro campito, el del medio, era el más grande, el más importante, para mí era como un mundo inagotable, donde jugábamos al fútbol los partidos más serios, pero a la vez era el lugar que nos permitía hacer las piras más altas cuando era el día de la Fogata de San Juan, o el que nos daba espacio para

refugiarnos en carpas artesanales para esperar la Tormenta de San Rosa. En esa Comodoro Rivadavia de tierra y pasto, en ese segundo “campito” metido entre las fronteras del empedrado de las calles Vilela, 3 de Febrero y 11 de Setiembre, la vida andaba rebotando, fabricando entusiasmos. Como uno de los laterales de la cancha, coqueteaban desde los fondos de las casas que tenían su entrada por Paroissien –la calle que finalmente completaba la amplia manzana– unos cuantos árboles con nísperos y ciruelas, que uno de nosotros robaba tras subirse a la pirámide de dos o tres que lo sostenían. “Dame un pie” en realidad era cruzar ambas manos donde ponía su pie el trepador.

En el colmo de las generosidades, una de las dos casas que tenía su entrada por el campito, estuvo casi siempre envuelta en el misterio de su abandono. Era la “Casa de Irene”, una Irene rubia, diáfana, madre de dos niños, diáfanos y rubios, que de buenas a primeras se transformó en un fantasma, y ya no se la vio más ni a ella ni a los niños, y el frente blanco se hizo gris y su jardín no se hizo selva gracias a nuestra presencia. Y con las bajas paredes del frente como asientos se conformaba el vestuario y la antesala para los partidos, y en tardecitas de lluvia era el rincón donde ejercitábamos algunos besos con las chicas del barrio. También podíamos guarecernos en “las piedras”, dos moles de granito que habían sido paisaje del arroyo Medrano y que milagrosamente habían sobrevivido al entubamiento. Eran tan grandes que tres de nosotros nos ubicábamos cómodamente en cada una. Y el follaje de un viejo sauce de la “mansión Nigües” nos protegía de inclemencias. Es que la “mansión” supo ser una vivienda de madera y de alto como correspondía a aquel arroyo que pasaba a la vera. Pero entonces la “mansión” ya estaba saturada de chapas y tierra donde vivía el “Rana”, un pibe corto al que tenían corto y no lo dejaban mucho juntarse

con nosotros. Menos, después de una época en que se nos dio por cazar pajaritos con gomera y ya que estábamos, bajar alguna bombita del alumbrado público, una de las cuales iluminaba la bocacalle cercana a la “mansión” del Rana. “Las Piedras” era otra sede principal de nuestros encuentros, en esa rara ochava delgada por la avalancha de las calles Comodoro Rivadavia y Vilela, en sus cruces con 11 de Setiembre.

El tercer “campito” era el que terminaba de derramar a la Comodoro Rivadavia de tierra sobre la avenida Libertador. Desde 11 de Setiembre arrancaba el último tramo de nuestra fiesta, y a la izquierda estaba el cacareo del gallinero del “Mosca” Gustavo, y el arrullo de sus palomas, y su loro Toto de las puteadas, y el perro Pucky saltarín que jugaba mejor al fútbol que el “Cabezón” Carlitos. Esta franja se embarraba fácil por la ansiedad del arroyo Medrano de abajo, que ya estaba más cerca de ver el sol allá pasando Defe, en su desembocadura en el Río de la Plata. Entonces a veces en el barro armábamos partidos de rugby con una pelota ya ahuevada de tan descocida, con la cámara a punto de estallar, y nos despanzurrábamos muertos de risa en los charcos. Y si se prendía “la baronera”, el momento era sensacional. “La baronera” era una morocha de buen cuerpo, flaca, de cara aindiada, mayor que nosotros, hermana de Raúl, un muchacho del barrio también más grande que nosotros, que supo beberse de la mejor forma la breve poción de fama que a veces se nos derrama sin quererlo, cuando el dictador Menéndez de la dictadura procesista lo atacó con una sevillana en las inmediaciones del Congreso Nacional. La foto del milico decadente atacando a Raúl, que le había dicho en la cara lo que correspondía, dio vuelta al mundo entero. A su hermana “la baronera” le gustaba a veces jugar juegos de hombres porque la energía se había ensimismado con ella, y ella la absorbía y la absorbía

incansablemente y entonces las muñecas inmóviles no eran para “la baronera”, se ahogaban entre sus dedos largos.

Toda esta atmósfera de pasto, tierra, pájaros, pelotas, amigos, amigas, rivales, caricias, asombros, mañanas y atardeceres, era la gran antesala para el cruce de la avenida Libertador. Hacia Defe íbamos dejando todo cuando el equipo jugaba, y nos poníamos otros pantalones para pasar horas con los primeros cafés y cigarrillos en el bufet aquel amplio con metegoles y mesas de billar.

El tiempo parecía elástico, como los músculos de nuestros corazones, siempre encendidos entre los “campitos” y Defe.

El paraíso en un radio de 50 metros

Pepo's fue el bar que aceptó sin chistar mis ensueños. El que me vio grandilocuente descubierto ya hombre, y me puso a Los Beatles para agasajarme en la vieja rocola de dos monedas. El que me vio asombrado por los dolores distintos de la adultez, y se vistió de luces sin par cuando se estrellaban en su cielo raso mal pintado las carcajadas de un feliz grupo de amigos. Y estaba enfrente de Defe. En Libertador, a mitad de la cuadra, antes de llegar a la Shell de hoy. Donde está la estación de servicio que a veces se apiada y nos deja compartir de parado un café, había una confitería bacana que no podía con nuestro lugar, Pepo's. Ese lugar cajetilla se llamaba Status, y a veces nos corríamos para levantar minas cajetillas. Pero nuestro estatus era ser de Defe y bien de barrio.

Hubo épocas en las que con la barra de amigos pasábamos horas diurnas, vespertinas y nocturnas en nuestro barcito de no más de 10 mesas. Era nuestra primera casa, no la segunda. Antes de ir a la cancha, pasábamos por Pepo's. Después, ni hablar. Desmenuzábamos cada batalla sabatina. Y cuando se calmaban un poco la felicidad o la tristeza por el resultado, planeábamos nuestros sábados por la noche. Alguna vez algunos de nosotros fue feliz en serio. Tomábamos un cafecito antes de ir a la cancha, volvíamos felices a Pepo's tras la victoria de Defe, al rato nos íbamos a bailar a Zoom, que era un boliche que estaba en Libertador y Manzanares, a metros de Pepo's, y en algunas exclusivas jornadas angeles demasiado en joda nos depositaban junto a una seño-

rita en aquel recién inaugurado “Hotel Alojamiento J.J.” Además del misterio de que el entrecruce de los astros nos bendijera con tanta generosidad, debía darse que tuvieramos unos mangos en el bolsillo. Pero lo fantástico era que la vida se soltaba el pelo y decretaba días inolvidables en apenas un radio de 50 metros.

Pepo’s se llamaba así por Pepe, el hermano del dueño. El propietario y jefe era Alberto, un flaco alto con pinta y prestancia pero parco, legalista y cubierto siempre con la membrana que crece con la imposición de distancia ante los semejantes, que no éramos nosotros, porque nosotros en esos tiempos no nos asemejábamos a nada. En realidad a Alberto nunca le cayó bien que a veces le copáramos el bar. Aunque de repente podía sorprendernos con una sonrisa tímida cuando llevábamos a una señorita o a algún invitado extra barra que evidenciara cierta compostura. Es que creo que Alberto tenía la ilusión de que iba a presenciar el día en que todos sentáramos cabeza.

El grandioso era su hermano, el gran Pepe en todo sentido, y ya se sabrá porqué. El nombre del boliche en su honor se debía a que tenía un leve atraso mental, y era un hecho bondadoso ese impulso a desarrollarlo como uno más de los gastronómicos, cuando no era uno más, era sólo Pepe, el de Pepo’s. Su vida era el bar, y hasta se quedaba a dormir en el bar y hacía el amor en el bar con chicas llegadas más allá de la General Paz, que solían recibir alto valor agregado: además de su generosidad material, celebraban hasta el colmo. Era famoso su don que al parecer hacía juego entre sus piernas largas. Se contaban decenas de historias sobre las consecuencias de su exagerada arma amorosa. Se llegaron a relatar casos de señoritas internadas, de visitas a hospitales con Pepe estancado, y hasta se hablaba de los pantalones especiales que le hacía confeccionar su hermano Alberto para que no asombrara a la clientela.

Pepe hacía el trabajo sucio de limpiar. También levantaba las mesas cuando todo había acabado. Y baldeaba. Pero a veces lo dejaban servir a los de confianza, y si alguien no tenía para el café él servía igual. Cuando Alberto se iba era una fiesta. Pepe daba monedas de más para la rocola, y ahí poníamos a los Beatles, a los Rolling, a los Credence, a los Deep Purple, a los Hollies, a los Shakers, a Rod Stewart con el que nos imaginábamos dueños de todos los corazones femeninos cuando cantaba “¿Crees que soy sexy?”. Hacíamos sonar también desde la máquina maravillosa a León Gieco, el pibe ese del interior que canta canciones piolas. Y se encendía la luz roja al apretarse también la tecla de Pappo’s Blues. Y más de una vez pusimos a Sandro y a Leonardo Favio para que nos tiraran letras para el levante. O al grupo Banana con el que habremos chapado con su tema “Toda una noche contigo”.

Y enfrente estaba Defe... Varia veces volvimos sudando por algunas piñas cruzadas en medio de la avenida Libertador. En esa época la violencia era un juego de mesa. Casi no había divisiones entre las hinchadas, y hasta salíamos juntos. En Pepo’s también estaba la barra de los “grandes”, muchachos que ya tenían angustias serias de amor, y la calle de más nos obligaba a respetarlos. A veces algunos iban a la cancha. Pero no entendían mucho. En una ocasión, nos acompañaron el Gallego y el Fanfa como una generosa concesión a los pibes. Jugábamos con Estudiantes de Caseros. El Fanfa, como tal, hacía pinta en la tribuna fumando unos cigarrillos raros e importados, y el Gallego, que era más fanfa que el Fanfa, se corría a cada rato a joder a los del Pincha. Encima les ganamos en la hora. Estábamos todos en la visitante que da al río, porque antes nos cambiábamos siguiendo a nuestro ataque. Algunos de Estudiantes estaban ahí, y otros se habían alejado al pasillo, donde pocos años antes se había des-

armado la tribuna de madera. Con el gol se armó una pequeña trifulca. Y el Gallego estaba eufórico cargando y gritando. Así siguió a los de Estudiantes. Cuando un grupito de 3 o 4 cruzaba la avenida, él lo hacía saltando encima y gritando “Dale De, Dale De....”. En medio de la calle y mientras los autos pasaban, de golpe uno reaccionó y tiró y pegó el mejor golpe de boxeo que vi en mi vida. El Gallego cayó nocaut en el asfalto. Cuando nos dimos cuenta, los de Estudiantes ya estaban lejos corriendo, y ahora lo que corrían hacia nosotros eran los policías. Se llevaron al Gallego detenido, y recién lo largaron el lunes. Era su primera vez en la cancha y la última. Después, ya recuperado del bochorno, cada tanto le daba por ostentar con un billete. Cuando lo tenía hacía lo mismo: siempre en sábados, se acodaba en la rocola, y mostraba el admirado verde lechuga de 50 pesos. “Qué hace, nene, mirá lo que tengo, sabe’ que ruido hago esta noche”, alardeaba el Gaita. Y a las horas, los que retornábamos aún con vida a la madrugada, podíamos encontrarnos con él todo despeinado flameando una de sus manos: nos hacía oler perfumes íntimos de la que había sido su dama de compañía.

Pepo’s también tenía un quiosco que de tan confianzudos cuando no estaba Alberto también atendíamos. La gloria para nosotros y el desastre para el bar era cuando venían a comprar jugadores de Defe. “Tomá, está bien maestro, es una atención de la hinchada”, regalábamos. Y Pepe con su manaza se estropeaba la frente. Una noche apareció el Hueso Houseman. Entró, se acodó en la barra, y pidió un par de paquetes de cigarrillos. Estaba Alberto, y le cobró, claro. Amenazaba el otoño de 1973 y ya René estaba en Huracán y la fama se le iba encima. Ya el Flaco Menotti había sacado pecho con ese pibe flaquito descubierto en la Primera C que asombró a medio mundo en el torneo de verano de Mar del Plata. “¿Vieron muchachos?” dijo el Hueso sin

mirarnos. Y nosotros miramos por todos lados y descubrimos en la puerta de Pepo's una reluciente cupé Torino marrón plateado. Enloquecidos, los dirigentes de Huracán le habían dado el coche del momento para que se movilizara. Llevaba tres meses en el equipo de Parque Patricios. Pero alguien desde la mesa vio que René llevaba los pantalones muy bajos. Nos fuimos codeando y dando cuenta: tenía los bolsillos que explotaban. Apretados con gomitas de farmacia tenía montones de dinero que iba a repartir a su villa de emergencia del bajo Belgrano, esa villa "tan bien ubicada" que las topadoras de la dictadura militar iban a arrasarse en 1976. Dicen que lo vieron esa noche ir de casilla en casilla regalando plata. Antes de salir quemando neumáticos con el Torino, nos arrojó un fajo con billetes. Corrimos y se lo devolvimos.

Al día siguiente y al otro, comentaríamos en Pepo's la anécdota. Pero no mucho más. Porque seguramente ya andábamos en otra historia.

El amor por Juana Molina

Con mis amigos hacíamos un tren subacuático para verla nadar. Eramos cinco o seis que nos tomábamos de los pies y el de adelante cargaba con el peso de las brazadas. Sucesivamente nos hundíamos y salíamos a flote, y así en ese invento inocente e infantil encontrábamos la forma de mirarla y mirarla, ajena pero cercana y sirena, rubia extendida en su malla roja enteriza. Ella y iba y venía en su pulcro estilo crol, y nosotros íbamos y veníamos girando lentamente el trencito detrás de ella. Pero ni en el agua ni en ningún lado nos miró. Nada, ni una sola mirada. Cuando se acercaba al bar a tomar algo, algunos de nosotros merodeaba pero a distancia. Es que a Juanita ni Juanita la podíamos llamar: Juana y basta. Así un día se lo hizo saber a quien atendía la barra del bar, que se quedó cortado como el café que tomaba, y eso a nosotros nos quitó más chances aún. Y sigue igual Juana, bella, inalcanzable y reina en sus soledades. Recta y leal cuando en cualquier reportaje recuerda su adolescencia en Defe. Con sonrisas en dosis aunque nos haya hecho reír en TV. Sus sonidos son musicales, y nosotros sólo ensayábamos torpezas. Estábamos enamorados de Juana Molina en la pileta de Defe allá por los comienzos de la década del '70. Su madre, Chunchuña Villafañe, llevaba a sus hijas a nuestro club, en aquella época dorada donde las piletas de Defe, su solarium, su bello bar-terrace, sus instalaciones en general, eran el orgullo del barrio y la gente iba y venía de cara al sol y viva.

Era la época en la que el más grande relator en la historia de Boca, Bernardino Veiga, transmitía como nadie las grandes explosiones de la Bombonera, pero por los laterales de su corazón se derramaba su ilusión verdadera por nuestros colores. La época en la que lo vi a Fidel Pintos recorrer orgulloso los nuevos vestuarios de la pileta, y sentarse a la sombra, con su cafecito o algún vermú mirar con cara de felicidad la felicidad incontenible de los pibes en la pileta más chica. O cuando iba a la platea de Defe con sus mismos trajes de Polémica en el Bar, y se rascaba su narigota cuando el partido se nos complicaba. Los mismos tiempos en que el Pelado Emilio Vidal no fallaba los sábados en la popu y en el verano en la pile. Qué actor ese uruguayo que en 1994 murió y vaya uno a saber en qué otra escena celestial carraspeó su risa tan particular. Integró la troupe uruguaya célebre de Telecataplum, que cruzó el charco para que dejáramos charcos de risa. Pero el Pelado además estuvo en 36 películas, e hizo en el teatro desde un conquistador romántico hasta un bailarín clásico. Y eso que era pelado, regordete y petisón. Y el Tano Darío Vittori... Tesorero en comisiones directivas de los años '50, representante del club en AFA y fanático así en la cancha como en la vida. Yo lo vi a Vittori ya grande guarecerse en la techada un sábado de lluvia y putear al árbitro en tano. Y eso que llegó de meses a Buenos Aires. El Tano nació en Montecello, Italia, en 1921 llamándose así: Melito Darío Spartaco Margozzi. Pero al poco tiempo estuvo aquí, y Defe fue una de sus causas. Dicen que era de una honestidad cruda cuando fue el responsable del dinero del club. Si entra esta plata no puede salir más que esta plata, y bregaba por recursos propios y le daba la espalda a los mecenas. Actuó en 900 comedias, seguramente un récord para el Guinness. Durante 28 años presentó "Teatro como el Teatro" en televisión, llevando dramaturgia sencilla a miles de

hogares que lloraban y se reían con sus grotescos y vodeviles. Recorría el país en carromatos de colores con rompecabezas de escenografías, y donde había un pueblo ahí se paraba para dar la obra. Fue el inventor de la temporada teatral veraniega, pero cuando se le cantó, el Tano defensorista supo interpretar grandes películas y grandes textos teatrales. Murió en 2001, meses antes de que saliéramos campeones.

“La fama es puro cuento”, repetía Vittori. Pero a mí, como dice Borges de la existencia de Buenos Aires, se me hace cuento aquella vida de Defe, con estos personajes y nosotros, que aún seguimos en el relato...

CORAZON PINTADO MARTIN SANCHEZ

Cuando
todo
comenzó

[capítulo tres]

[3]

El sueño de los héroes

Era un Buenos Aires en el que el Carnaval tenía el valioso significado que el tiempo y algunos hábitos modernos deshicieron. El carnaval era, en las primeras décadas del siglo pasado, como lo contó Adolfo Bioy Casares en *El sueño de los héroes*. Una suerte de berretín entrañable e inevitable, con alegrías y excesos, con el culto por la amistad y por la juerga.

El carnaval recorría los barrios, con su color y sus misterios, con sus guapos y sus minas. En 1906, en el barrio de Belgrano, empezó –entremezclado con el carnaval– la vida de un club ya centenario. En el libro *Club Atlético Defensores de Belgrano: Historia de una pasión*, se relata: “Una barra de amigos alegra el corso y se gana el corazón de los vecinos. Habían conformado una ruidosa comparsa y con esa mezcla de espíritu alegre y

picardía en sus canciones, donde la armonía musical importa menos que el mensaje cargado de doble sentido, redondean una exitosa actuación”.

Según cuenta la historia y también la leyenda, el 25 de mayo de 1906, el día de la fundación del club, había dos grados de temperatura a las seis de la mañana. Aquel mismo grupo de jóvenes entusiastas, que había llamado toda la atención con su bullicio en pleno carnaval, se reunió en la esquina de Monroe y O’Higgins para poner en común un deseo compartido: jugar al fútbol. Y para no tener que esperar hasta el carnaval siguiente, deciden fundar un club al que resuelven llamarlo Defensores de Belgrano Foot-ball Club.

Todos ellos tenían una prioridad lúdica. Sólo los movilizaba el deseo de jugar al fútbol en la plaza del barrio, entonces ubicada entre las calles Nahuel Huapí, Arcos, Guanacache y O’Higgins, y participar en las Ligas Independientes de Buenos Aires. El primer presidente elegido fue Juan Pasquale, al que secundaron Miguel Giacomelli, Jaime Cortella, Eduardo Molinari y Francisco Sasso. Cuatro horas después del comienzo de la reunión, y cuando el termómetro ya no mostraba la inclemencia de los dos grados, ellos ya tenían un acta fundacional de diez puntos. El espíritu de aquel reglamento es también un mensaje para estos tiempos: “Formar una única comunidad de belgranenses, buscando el bien común, la fraternidad, y el alto espíritu de solidaridad que aquí nos convoca. Y alimentar los sueños de grandeza que el barrio y cada uno de sus habitantes merece, enriqueciendo su ya distinguido acervo cultural”.

Luego de ese día fundacional, la institución fue tomando forma, pero siempre con la bohemia involucrada. Las primeras reuniones y asambleas, por ejemplo, se desarrollaron entre las achuras y los costillares de la carnicería de los hermanos

Pasquale. Sin embargo, la primera sede provisoria fue el local de O'Higgins y Monroe. Y desde allí salió el primer equipo que vistió la camiseta de Defensores de Belgrano, integrado por: Juan Bramante; Carlos Puriccelli y Juan Pasquale; Pedro Luna, Felipe Bordegaray y Santiago Ravizza; Raúl Bonahora, Ramón Puente, Arnulfo Leal, Mariano Acerbi y José Alejandro Pasquale. Como suplente, José Giulidore...

Los muchachos eran bravos. Tenían encendida la sangre y aquellas eran épocas de replanteos. Habían partes del mundo donde avanzaba el cuestionamiento al orden establecido. Y en el flamante Defe, eso también tuvo eco. A estos enjundiosos les gustaba entonar el himno de la Internacional Socialista, pero su versión italiana hablaba de “rose” sin traductores. Así que a la camiseta le pusieron el color rosa por error: en realidad, en italiano rose es rojo. Tiempo después advirtieron la equivocación, y como muchos también adherían al anarquismo fuerte de la incesante inmigración, la incomparable camiseta quedó del rojo socialista y del negro anarquista. En un principio el diseño de la casaca con cuello y botones fue tomado de un club que se había fundado en Montevideo, unos meses antes, llamado entonces Misiones Foot-ball Club. Y cuyos integrantes también atesoraban ideales revolucionarios. El mismo club al que hoy se conoce como Miramar-Misiones.

La primera cancha estuvo en la actual Plaza Alberti, en el barrio de Belgrano. Pero en 1910 la perdió porque la municipalidad remodeló la plaza. En esta cuestión, la historia nos ofrece dos versiones. Una cuenta que gracias a las gestiones del Sr. Berón de Astrada ante las autoridades municipales, se logró el otorgamiento de un terreno dentro del predio que ocupaba la Sociedad Sportiva, donde hoy se encuentra el club. La otra sostiene que el Barón Demarchi, Director de Paseos de la Municipalidad de

Buenos Aires y gran amigo de Jorge Newbery (también inspirador y mecenas de Huracán en sus días fundacionales), ofreció una fracción de tierra ganada al río, un predio situado entre las calles Republicuetas, Blandengues y el Arroyo Maldonado. A partir de entonces, fue clave el consejo de Angelito Pasqueale, hermano del presidente del club, quien aconsejó elegir la esquina que forma el Arroyo Medrano (hoy entubado y que corre debajo de la calle Comodoro Rivadavia) con la Avenida Blandengues (hoy Avenida del Libertador General San Martín). En aquel tiempo, esa esquina era un retazo de barro.

La razón que inspiraba a Angelito era sencilla: aprovechar las gradas de madera que la Municipalidad había dejado allí apiladas, tras el desfile militar del centenario de la patria. Así, los tabloneros terminaron siendo las primeras tribunas y con ellos se construyeron las casillas que se utilizaron como vestuarios. Y así se hizo. Con el esfuerzo de socios, jugadores, dirigentes e hinchas, que trabajaron de sol a sol a cambio del orgullo de pertenencia, el club tuvo su cancha definitiva...

Cuando Defensores de Belgrano estaba en su primera temporada en la B Nacional, con un impecable Gabriel Pereyra y un implacable Sergio Comba como figuras, de la techada surgió una suerte de himno, que en un su estribillo señalaba: “Lo único que quiero/ver a Defe campeón/ver a Defe en Primera”. Era ni más ni menos que el anhelo de todos aquellos que no habíamos podido ver al equipo jugar en la máxima categoría del fútbol argentino. Pero muchos años antes, en tiempos del amateurismo, Defensores fue decididamente de Primera.

En 1908 empezó a participar en la segunda división de la Asociación Amateur de Football. El primer gran instante de gloria sucedió en 1914. Entonces, Defensores de Belgrano se consagra campeón y asciende a Primera. En la final goleó 4-1 a

Burzaco, con goles de L. Fourcade, D. Lima y dos de J. Rosell. “Una gran marcha triunfal, espontánea y entusiasta se realiza. Forman parte de la manifestación : José P. Tamborín, Sancerni Giménez, Emina Botta, Guillot y Racedo entre otros. Pero al año siguiente varios de los jugadores que habían integrado el equipo campeón, deben dejar de jugar para prestar servicios en las filas militares y el club no resiste la poda”, retrata el libro Club Atlético Defensores de Belgrano: Historia de una Pasión.

En ese glorioso 1914, Defensores de Belgrano --además-- participó de un torneo conjunto entre los equipos de Primera y los de Intermedia (segunda división), por eliminación. Y se quedó afuera luego de perder 2-1 ante Argentino de Avellaneda.

Al año siguiente, tuvo su gran debut en la principal categoría del fútbol argentino. Y, a pesar del descenso, luego de finalizar 23°, sólo delante de Floresta y Comercio, Defensores de Belgrano dejó su huella al obtener uno de los triunfos más importantes de su historia: 3-1 a Boca, en la vieja cancha que los xeneizes tenían en Wilde. La formación de Defensores, rescatada del diario La Prensa del 19 de abril de ese año, fue: Rodríguez; Sacco, Molinari; Puricelli, A. Pasquale, Broy; Villar, J. Pasquale, Grupali, Roel y Fourcade.

En 1917, luego de derrotar 3-2 a Vélez con goles de Bustos, Angel Pasquale, de tiro libre y Gerardo Caldas, Defensores regresa a Primera y se quedará allí durante 17 años, más allá de la implementación del profesionalismo, en 1931.

Y en ese período vivió episodios gloriosos: Defensores puede jactarse de que les ganó a los cinco grandes y a Huracán, el dominador de la década del '20. Una vez a Boca, en 1915; dos veces a River (2-0, en 1922, como visitante; y 2-1, de local, en 1930); cuatro a Independiente (en 1919, 1920, 1925 y 1930); dos a Racing (ambas 1-0 como local, en 1922 y 1926); y dos a San

Lorenzo (3-1 en 1926 y 1-0 en 1921).

En 1919 realizó la mejor campaña de su historia. Terminó tercero en la Asociación Amateur, delante de River, San Lorenzo e Independiente. Además, concluyó la temporada invicto como local. Ese año, perdió sólo tres de los 13 encuentros que disputó.

En 1921 también protagonizó una destacada tarea. Finalizó quinto, seguido por San Lorenzo, tras 20 victorias, 8 empates y 10 caídas.

En 1925, se disputó el primer clásico contra Excursionistas. Y lo ganó 1-0 Defensores. Y al año siguiente, consiguió un memorable empate 1-1 contra el campeón Independiente.

En la tabla general del Amateurismo, del libro Historial del Fútbol Amateur en la Argentina, Defensores figura 15º, con 430 puntos en 469 partidos. Y allí se ubica delante de Almagro, Tigre, Atlanta, Ferro, Vélez, Lanús, El Porvenir, Nueva Chicago, Argentinos Juniors, Excursionistas, Chacarita, All Boys, Temperley...

Gerardo Caldas fue un símbolo de aquel Defensores que no tendrá olvido. El número 332 de la revista El Gráfico de 1925, lo tuvo en su tapa. Y en la nota principal se señala: "Entrevistamos a Gerardo Caldas, el mejor centro-forward de la Asociación Amateurs y que, por tal motivo, integró casi todas las representaciones de esa entidad en partidos interprovinciales e internacionales". Esa fue la única vez que la histórica revista ubicó, en exclusividad, a un futbolista de nuestro club en su tapa. Dos años más tarde, Alberto Evaristo --de Defensores-- también apareció en la tapa de El Gráfico, pero junto a sus hermanos futbolistas: Mario, de Boca; y Juan, de Sportivo Palermo.

Ellos fueron los héroes fundacionales... Todos ellos, desde los muchachos de la esquina de O'Higgins y Monroe, pasando

por los de la Plaza Alberti, Angelito Pasquale, los que se fueron sumando en cada carnaval, Caldas, Evaristo y la interminable lista de queribles anónimos imprescindibles. Ellos fueron los héroes de este sueño que cada día late en el corazón del auténtico defensorista...

FUENTES:

"Club Atlético Defensores de Belgrano: Historia de una pasión"

[Román Queiroz, 1997]

"Historia del Fútbol Amateur en la Argentina"

[Jorge Iwanczuk, 1992].

Sitio web www.defe.com.ar

Boletines del Centro de Investigación de la Historia del Fútbol (CIHF)

Oscar Barnade

La era del Dragón



Hacía rato que al Negro Hugo Arbona la idea le daba vuelta por su cabeza invadida de pensamientos rojoinegros. Estaba convencido de que Defensores tenía que ostentar un apodo agresivo, que resumiera la fiereza de sus intenciones en cada presentación en una cancha, y que también fuera un símbolo para el club, que nadie se atreviera a tocarnos, que a nadie se le ocurriera ponerle palos a nuestros deseos de crecer. Era 1983, año de recuperadas melodías democráticas que tal vez encendieron la creatividad del Negro. Pensó en la suerte que tenía Tigre de llamarse así porque no le hacía falta nada, y como era nuestro archirival empezó a imaginar animales urgentes en el techo de sus noches insomnes. Tampoco estaban bien las cosas y nunca lo estuvieron con Deportivo Morón, pero estaba bueno que le dijeran Gallo y no estaba bueno que a nosotros no nos dijeran nada. Encima jugábamos en esa época con Gimnasia y Esgrima

La Plata, que ostentaba orgulloso sus colmillos de Lobo. Tigre, Gallo, Lobo... ¿Y Defe? Hasta que una noche el Negro Hugo saltó de la cama con la alegría brotándole por el pijama: león, Defe sería el León de ahora más y en todas partes, se dijo apasionado como siempre por su club de siempre. Antes de llamar a sus amigos y contarle el hallazgo, le pegó una hojeada al diario. Se puso blanco, y eso no es sencillo: Estudiantes de La Plata jugaba la Copa Libertadores, y para conservar la mística copera su hinchada acababa de inaugurar un nuevo apodo, “León”, además de Pincharrata, ahora a Estudiantes lo llamaban León.

“Qué lástima”, se agarraba la cabeza Arbona, que hasta había dibujado unos bocetos de un león rojoinegro. Es que había que encontrar un animal bravo que pudiera competir contra el Tigre de Victoria, que fuera “lo opuesto”, insistía el Negro. Y el león venía bárbaro: Tigre versus el León. Pero como Hugo Arbona no es de los que se dan por vencido, empezó a ejercitar con intensidad su condición de dibujante técnico y publicitario que adquirió en las tan defensoristas escuelas Raggio, y en una de las noches siguientes apareció en su papel un animal imponente que ardía por meterse en el corazón de Defensores: casi sin darse cuenta dibujó un dragón. El pobre Hugo hizo 185 modelos de dragones hasta dar con el que creyó el indicado para que se incorporara a nuestra camiseta. Sí, a Hugo se le ocurrió que Defe sería un dragón que echara fuego y todo. Los primeros escuditos con el dragón fueron cosidos en los juegos de camisetas por la mamá de un marcador de punta de apellido Gil. Después se elaboraron camisetas con el flamante símbolo incorporado, gracias al dinero que juntaron el propio Arbona y Roberto Gironte, quien supo ser tesorero del club. Nuestro querido Gordo Juan Romeo Ferrara fue el encargado de difundir este arribo definitivo de un dragón al Bajo, y muy pronto, todos los medios aceptaron de buena gana

la llegada de este personaje mitológico al fútbol argentino.

Cuando la firma Adidas se enteró de la incorporación de un dragón a la indumentaria defensorista, de inmediato le pidió a Hugo Arbona sus originales y la autorización para confeccionar las nuevas camisetas de Defe. Eso ocurría ya en 1984, todo el mundo con los ojos puestos en Defe, además, por la gran campaña del equipo y por su fútbol de lujo. Así, con esta motivación extra, la empresa de artículos deportivos logró presentar la que sería una de las camisetas más hermosas de toda nuestra historia. Adidas la exhibió especialmente en su sede porteña, y fue admirada por un buen tiempo por los mendocinos es una exposición en la que era la estrella. Hasta en la sede madre de Adidas en Alemania fue casi un objeto de culto. Es que la camiseta Adidas de Defensores sigue siendo recordada y reconocida entre las más bellas que el fútbol ha presentado. Cuando puede, el Negro Arbona la saca del cajón y la acaricia, porque así también acaricia a su Defe querido. Y aún, a veces, se agacha para disimular cierto exceso de brillo en sus ojos cuando escucha “Dragón, Dragón, te vamos a seguir, adonde quieras ir...”.

Y cuando todo volvió a empezar

Eran noches destempladas las de ese invierno del '96. El frío perforaba con insistencia los ánimos. El club estaba en agonía y el diagnóstico desalentaba. Las deudas apiladas eran un monstruo amenazante y voraz: a cambio de seguir respirando pretendían inmovilizarnos, hacer añicos la raíz de barrio mudándonos bien lejos. Defensores estaba grave y a algunos insensibles no les importaba verlo morir. Aprovechando el desconcierto de la mayoría, un grupo de abogados acercó la eutanasia: proponían que el club se trasladara al lejano pueblo bonaerense de Derqui, a unos terrenos bajos e inundables, donde como presagios sólo quedaban los esqueletos abandonados de un quincho desplumado y de un viejo tambo en desuso. Ahí, esa buena gente que representaba a un grupo inversor proponía hacernos el nuevo estadio, y mientras tanto, se harían cargo del alquiler de la cancha de Platense para que Defensores hiciera de local allí. Además, pagaban por única vez 300 mil pesos y 24 cuotas mensuales de 10 mil, de las que se iban a ir descontando ese pago único. Querían sacarnos el club y nos ofendían poniéndole un precio que no lo tiene, y encima, de moneditas.

Fueron en dos asambleas realizadas en el término de una semana donde se jugó el destino de Defensores. Se hicieron en el piso de arriba de la confitería de nuestra esquina de Comodoro Rivadavia y Libertador, que en ese entonces era la “Biecker” que tenía en concesión el poco simpático ex presidente de Deportivo

Español, Francisco Ríos Seoane. Unos 300 socios e hinchas estuvieron en cada una de las noches frías. La primera Asamblea arrojó un equilibrio peligroso entre el “sí” y el “no” a la propuesta. El barrio estaba en estado deliberativo: había reuniones en cada esquina.

“Una tarde, después de la primera asamblea, me citaron a unas oficinas del centro para hablar”, cuenta Marcelo Achile, que en ese entonces era un integrante de la hinchada con creciente liderazgo entre los más jóvenes. La reunión fue en el estudio de los abogados insensibles. “Como veían que la cosa se les complicaba, y yo resistía acompañado por otros muchachos, me ofrecieron 200.000 dólares para que en la Asamblea me quedara con la mano abajo”. Cuenta Achile que en el complejo para la realización de diversos espectáculos que pensaban levantar en el predio del club, “ya me tenían reservado un palco desde donde, me decían, iba a poder ver cómodamente a Madonna”.

Quien después fuera presidente, no contestó nada cuando quisieron adquirirle el corazón, pero bramó en la calle junto a los muchachos que lo esperaban. En la segunda Asamblea, aquellos señores letrados duplicaron la oferta y por unos instantes generaron más confusión: ya los 300.000 pesos o dólares no había que devolverlos y las cuotas se duplicaban a 20 mil pesos o dólares. Maniatado por el terror, quien esto escribe votó siempre por el “no”, eso siempre lo tuve claro, pero no pude abrir la boca, salvo sumarme a unos gritos cuando Achile arengaba, o el Negro Hugo Arbona o el Tintorero.

Fue dramática esa segunda Asamblea. Porque la oferta mejorada parecía modificar el voto de unos cuantos, y por un momento empecé a pensar en qué combinación de colectivos y trenes me llevaban a Derqui. Pero los gritos de Achile taladrando los huesos de los sensibles, y las lágrimas del Negro Arbona

decorando con dolor su discurso de conciencias y sentimientos, y arrojando al aire como su último cartucho el carnet de socio, fueron, entre otros milagros, la salvación del club. Hubo que votar, y según recuerda Marcelo Achile –yo no, yo obnubilado por la amenaza del fin de mi historia recuerdo poco- el resultado fue 140 por el “no” y 30 por el “sí” –los que no eran socios y no estaban con la cuota al día no podían votar-.

Estallaba llantos y algarabías, pero aún había que quedarse arremangados para luchar. Se llamó para dos meses después a una distinta Asamblea: había que elegir a una nueva comisión directiva. Ahí asumió Marcelo Achile y de nuevo aparecieron las amenazas. Relata otra vez Achile, que entonces, a los 29 años de edad, abandonaba su apodo de “Tigre” de sus épocas de colgar banderas y de pararse en para-avalanchas. “No había un peso en el club y hasta pensamos en no participar en el fútbol de AFA. Finalmente decidimos un presupuesto de cinco mil pesos para el fútbol profesional. Pero se acercaron otra vez ofertas para enajenar el predio del club. Tuvimos una oferta de Torneos y Competencias para hacer un polideportivo, porque en esa época el Gobierno pretendía que el país fuera sede de los Juegos Olímpicos, y Defensores parecía que era ideal para ser el “corredor verde” de esas competencias. Después me vino a ver Grinbank para hacer en el club una especie de Obras para recitales. Y también vino la Paramount, la empresa multinacional productora de películas, que quería hacer multicines en la cancha. La Paramount me ofreció un millón de dólares para que dijera que sí”.

Defensores, golpeado y tambaleando, pudo gambetear a la risa falsa del dinero ostentoso, evitó la quiebra y entró sudando a la convocatoria de acreedores. Cumplió hasta hace muy poco con sus últimos compromisos.

Achile dice, con la mirada distinta: “Las cenizas de mi tío José están debajo de los tres palos que dan a la techada”. A Defe, de Defe, no lo saca nadie.



Momento clave del ascenso al Nacional; gol de Aldaz sobre la hora ante Español.

(4)

Historias íntimas de los Títulos

[capítulo cuatro]

1967 Angelito Labruna y don Pío

Justo me tiene que tocar a mí”, decía o maldecía Angelito Labruna cuando le tocó dirigir a Defe y con Edgardo Pío Rodríguez como presidente. Era la década del ‘60, años de replanteos no sólo en el club sino en el mundo. Había que encontrarle un destino mejor a la vida, o mejor dicho, la humanidad parecía entender que el mundo, como se iba desarrollando, iba a contramano de sus deseos. Pero Angelito no filosofaba, Angelito quería tener plata en el bolsillo después de cada práctica para dejarse llevar por su segunda pasión después del fútbol:

las carreras de caballos. Había llegado a Defe en 1965, y a no olvidarse que era una figura mítica del fútbol con su carrera maravillosa en River como jugador y como integrante de la célebre “Máquina” millonaria. Angelito entonces quería que le reconocieran su pedigree. Pero don Pío, como lo llamaban, era comunista, en la época que en la Argentina adherir a esa ideología significaba más que nada apoyar a las utopías que se pregonaban en el planeta. Aunque Angelito finalmente dio en la tecla dos años después, y el Defensores de 1967 fue uno de los mejores de la historia. Y entonces don Pío tuvo que descoserse los bolsillos: refunfuñando, pagó algunos premios. Pero lo hizo cuando sobró algo, y hasta le dio dinero extra a los jugadores cuando perdían: él decía que el esfuerzo ya merecía paga más allá del éxito del mismo. Y así, un poco como era de prever, este singular presidente hizo del club una cooperativa. Lo que quedaba de las recaudaciones, se repartía en partes iguales entre todos los jugadores y el cuerpo técnico. Si no quedaba nada, nada. Y ocurría también con los sueldos, cuando al cabo del mes, y después de cubrirse los gastos del club, el dinero era flaco. “Esto no me alcanza ni para un par de boletos, y esta noche tengo una fija”, bramaba Angelito al que nadie igual se atrevía a decirle algo porque el equipo se escapaba solo en la punta de la vieja Primera B, que era el trampolín seductor para ver de cerca a la máxima categoría.

Alfredo “Tucho” Imbrogno, que después llegó a la presidencia del club a finales de la década de los ‘80, era un joven entonces, y con otros compañeros que ya participaban en la vida de Defensores, se trepó un sábado por la vieja Secretaría, y a través de un hueco espía la charla de Angelito y comprobó su carácter del diablo antes de un partido trascendente. “Vos hacé esto, vos lo otro, y vos 2 escupile la nuca al 9 contrario.” Ya había termi-

nado, cuando Larrea, el 9 de Defe, se lo quedó mirando: “¿Y vos qué me mirás?” Claro, a él no le había dicho nada. “Vos jugá de 9, viejo, y si el defensor de ellos te llega a encajar una escupida, te saco.”

Ese campeonato del ‘67 estaba compuesto de dos zonas, y sobre 20 partidos Defensores ganó 14, nada menos. Muchos leales veteranos al Dragón aún recuerdan aquel choque decisivo con Temperley -cuando no- allá en el sur, en el que Defe podía consagrarse ganador de la Zona B, y así adquirir el derecho de disputar el título con el primero de la Zona A. Ganamos 2 a 1, pero lo que los muchachos no van a olvidar jamás fue aquel tren completo de hinchas de Defe. También se instaló en la memoria y el corazón la final que entonces jugó y ganó Defensores: fue justo contra Tigre, el primero de la Zona A, de noche y en la vieja cancha de Platense de Manuela Pedraza y Cramer. Un gol del doctor Tomino de tiro libre -sí, Tomino era médico y un volante exquisito, y curaba la pelota con sus precisas caricias- y otro de Fumagalli -“fuma fuma gol”, le cantaban- nos daban el campeonato. La gente y yo de pantalones cortos, rompimos un pedacito de alambrado para dar la vuelta olímpica con los jugadores, y porque veíamos que era demasiado posible el ascenso a Primera. Demasiado... Ese año estaba previsto un torneo Reclasificadorio con los últimos seis equipos de Primera. Eran 4 de la B más 6 de Primera, y quedaban en la A los 6 primeros de ese torneo a dos ruedas. Defe tenía un equipazo. Sin embargo arrancamos extrañamente mal. Perdimos los dos primeros partidos de ese decagonal con Los Andes y Almagro. Pero nos recuperamos en la tercera fecha ganándole en Villa Crespo a Atlanta, y después como locales ante Deportivo Español. Otra vez aparecía rosagante la ilusión. La quinta fecha tocaba Newell’s en Rosario. Que a don Pío no le hablaran de concentraciones y cosas por el estilo.

El equipo viajó en tren el mismo día del partido, y almorzó en la estación. Y después algunos jugadores llegaron a la cancha del Parque Independencia en colectivo. Newell's había concentrado tres días para este partido. Igualmente Defe perdió 2 a 0 sin merecerlo, y con un árbitro con costumbres localistas. Después de ese partido, Defensores pareció perder la fe y concluyó en el último lugar de ese decagonal con 3 victorias, 4 empates y 11 derrotas.

Don Pío y su conciencia dura... Trascendería con el tiempo que cuando el plantel y Angelito se aprestaban a arrasar también con el Reclasificadorio, una tarde el presidente se presentó en la práctica. Enamorado siempre del discurso breve, dijo estas pocas palabras: "Señores, les quiero comunicar que el club no está en condiciones económicas de llegar a la máxima categoría del fútbol argentino. Por ambición, no quiero hipotecar a Defensores. Son ustedes libres de hacer lo que quieran." Luego, cuando se iba concretando el derrumbe definitivo de aquella bendita ilusión, yo miraba de pantalones cortos y azorado como la gente grande rompía en la tribuna su carnet o le prendía fuego. Don Pío después anunciaba la pronta inauguración del complejo natatorio, la nueva tribuna techada y una exclusiva confitería. Ah, y un restaurante, cuya concesión fue cedida finalmente a Angelito para resarcirlo del duro cooperativismo del ex presidente...

1972 René el Loco Quenón Hueso Houseman

Y

o era un pibe y él también. Yo me asombraba y él como si tal cosa inventando rarezas por la raya. Es que yo nunca había visto jugar al fútbol así. El Loco René Orlando Houseman -en realidad apodado “Quenón” o “Hueso” por aquellas épocas- tenía 17 años cuando le vi hacer cosas que a Maradona no le vi. O tal vez me haya quedado esa sensación porque se las vi hacer cada sábado de 1972: todas juntas. Ese año Defensores sacó el 85 por ciento de los puntos en el torneo de Primera C, adonde había descendido el año anterior. “Si ve una bruja montada en una escoba, ése es Quenón Quenón Quenón que está de joda...”, deliraba la techada por René que ganaba solo los partidos, surcando como un duende la raya derecha, haciendo goles y dejando que los haga “Tini Tini, gol de Valentini”. El 9, Albino Valentini, se mandó 23 goles en ese campeonato, y el Loco 15.

Pero los que pocos saben es que Houseman debutó en la Primera de Defe en 1971, cuando nos jugamos el descenso en cancha de Vélez ante Nueva Chicago. Al club de Mataderos le habían quitado 14 puntos, y de repente Defensores pasó a tener chances de salvarse. Fue acusado de “ir para atrás” un jugador de Chicago desde la AFA de la dictadura, y entonces Futbolistas Argentinos Agremiados decretó una huelga de profesionales. Eran épocas de cuestionar todo, la sociedad se cansaba de la dic-

tadura militar de un engrupido general llamado Lanusse. Éramos tan pibes con mi amigo el “Mosca” Gustavo, acostumbrados a nuestros juegos infantiles, que nos parecía el Partenón la cancha de Vélez. Pero igual estuvimos ahí, escapando de la caza materna. Y así, asombrados en el estadio de Liniers, vimos como once jóvenes desconocidos con nuestra camiseta enfrentaban a Chicago. Y al rato ganábamos 2 a 0, y festejábamos casi solos en la vieja tribuna visitante del Amalfitani. El segundo gol lo había hecho un pibe que el viento se llevaba. Un golazo, como los que hacía Quenón. Después Chicago dio vuelta el partido, ganó 4 a 2, y encima la hinchada se nos vino encima, como antes, cuando no había vallas ni grandes operativos, y nos cantó su alegría encima, pero sin las agresiones brutales de los tiempos modernos. Debe parecer mentira que alguna vez la pasión no hiriera.

El Loco Houseman me jura que le debe todo a Defe, y en seguida se incrusta el índice en la boca y lo gira y vuelve a jurar que él era uno de los pocos al que las cosas del Mundial '78 no le cerraban. “Videla nos venía a ver al vestuario, y todos se arreglaban pero yo lo recibía en bolas. Porque ese milico qué tenía que hacer ahí, algo andaba mal, querido.”

Después, en otras de las tantas charlas con René, se le ponen rojos los ojos y me mira y casi me grita: “Si yo volví a jugar en Defe ya de grande. Me podría haber negado. Me podría haber quedado trabajando en las inferiores del club, pero no puedo, no puedo en ninguna parte, no viste lo que son los padres de los pibes, les piden que peguen, que se tiren a los pies, y los putean si tiran un caño.”

Hay que creerle a René cuando me dice que ya sin “circo”, sin gente que le anduviera atrás por esa patraña de la fama, se sintió feliz de volver a esa villa del Bajo Belgrano que aunque hubiese sido arrasada por los militares del Proceso, era su lugar

en el mundo. Y ahí sigue sobreviviendo, como puede, en las cercanías de Excursionistas, y entonces va a verlo jugar al equipo de la C. “La cancha de Huracán es mi otra casa, donde encontré a mi papá, el Flaco Menotti”. Se prende con Menotti y dice que lo dejaba rajarse con su gente, cuando le daba por las pelotas “tanta concentración, tanta vuelta y misterio para jugar un partido de fútbol”.

Quenón pateaba el cuero en Excursionistas, pero pensaba en ser albañil. El Gallego Chele, que en aquellos entonces coordinaba las inferiores de Defensores, fue a buscarlo y durante varios meses aplicó su plan: dos tazas desbordadas de café con leche con “sanguiches” de lo que fuera.

Yo vi como René se alimentaba desesperado. Yo jugué después con él partidos interminables de metegol en el bufet de Defe. Yo lo vi después, desde la tribuna, dibujándome en la cancha felicidades para siempre.

1992 Un camino cruento

Los siete micros parecían deshacerse de tan llenos. Había gente en el piso, y en los asientos de a dos iban cuatro. La caravana de dos cuadras salía lenta desde el club esa tarde gris de mayo. En la retaguardia de los micros se pegaban lentos autos y camionetas. La información era precisa: en el camino hacia la cancha de Dock Sud podían sorprendernos con emboscadas. La rivalidad con ese club estaba en llamas. Ibamos en busca del título de campeón de Primera C pero también íbamos hacia la guerra. Cambiamos el itinerario varias veces hasta llegar a Parque Lezama. Ahí se nos aparecieron varios autos con hinchas del Doque, pero la audacia de Pontoni y sus muchachos los hizo escapar. Evitamos el cruce del Riachuelo por el puente de la Boca, porque un grupo de espías nuestros de avanzada llegó jadeando con el informe de que había gente que aguardaba agazapada y camuflada dispuesta a todo. Yo iba en el micro quinto con amigos y con mi sobrino Sebastián que en ese entonces era mi sobrinito adolescente. Mucho tiempo después se entero mi hermana Lucrecia, la madre de Sebastián, de esta aventura temerosa. En esa época arrastraba tanto Defensores, que mi sobrinito vino con sus amiguitos que lo seguían al equipo a todos lados, y mis amigos con compañeros de trabajo y así una cadena de gente que hacía que el Dragón llenara cada cancha que visitaba. La vuelta al mundo que dimos para entrar por atrás de los monoblocks de Dock Sud que están pegados a la cancha

de ese club fue increíble. Igual aparecían en lugares extraños y apartados “trincheras” enemigas desde las que nos tiraban de todo. Muchachos de Pontoni o él mismo que iban en el micro insignia se las arreglaban para apagar esos focos de resistencia, y para avisarnos segundos antes a los de los micros de atrás que nos tiráramos al piso.

Se reían como en un juego inocente Sebastián y sus amigos aplastados todos en un revuelto humano. Pero la risa se les empezó a despedir cuando por fin llegamos a la cancha del Doque y la lluvia de estampidos provocó una crisis de nervios colectiva en los dueños de los colectivos. “Bájense todos”, bramaron en conjunto y escaparon con sus unidades destartadas. Todos de repente nos quedamos de a pie y fuimos blanco fácil: desde los monoblocks llovían balas que milagrosamente daban todas en el paredón que corre paralelo a la avenida de acceso. Jamás me voy a olvidar esa imagen de un hincha que no pudo esperar para orinar, y mientras lo hacía los disparos volteaban revoques de pared a sus costados. Todos corrimos para la cancha y en la entrada no quedaba nadie: no había policías ni controles. Y nadie antes intentó sacar la popular: en las boleterías apenas quedaban huellas de gente que había huído. Las tribunas del costado que nos dieron se completaron de inmediato, y estábamos muy cerca de la cabecera donde se ubicaban los de Dock Sud. La guerra continuaba en las amenazas cantadas y en rima de uno y otro lado.

El histriónico árbitro Cesáreo Ronzitti –tenía tanto de algún personaje de Luis Sandrini– sacaba adelante un partido que era un infierno en la cancha y en las tribunas. Es que Defe si ganaba era campeón, pero si los dos puntos por triunfo de entonces quedaban en Dock Sud, ellos se nos ponían a un punto, y faltaban todavía dos fechas. Viqueira, el Casco Rodríguez y Willy

Aldaz contenían con clase la desesperación rival, y el brasileño Reginaldo y Fabio Sánchez hacían el tiqui tiqui en el medio para meter contras temibles con “Trapito” Tossi y Lapolla picando a todas. Se fue el primer tiempo 0 a 0, y en el descanso las escaramuzas en las tribunas fueron constantes. Estábamos apiñados y fue imposible sentarse, mear, beber o comer porque además no había nada. A los 6 minutos del segundo tiempo se vino el estallido. En otra contra, Lapolla recibió por la derecha de frente a la cabecera sin tribuna, y sin meditar estrategias de ningún tipo, desde más de treinta metros se le ocurrió pegarle y la clavó en un ángulo. Decir la palabra locura es quedarse a medias. El título de campeón era nuestro y dejábamos la Primera C tras dos años de escarnio.

Pero las cosas estaban cada vez peor y no había ni un solo policía. Hasta que se acercó un oficial caminando lento por adentro de la cancha, que llegó a “negociar” con el presidente de Defe, en ese entonces, Alfredo “Tucho” Imbrogno. Fue surrealista la secuencia de Tucho pasándole dinero a través del alambrado para que las fuerzas de seguridad dieran por fin algo de seguridad.

Finalmente, Dock Sud no nos llegó casi nunca y la vuelta olímpica fue realidad en el bendito pitazo de Ronzitti. Pero cómo dar la vuelta. La piedra más chica que volaba desde la tribuna de Dock Sud se parecía a un meteorito. Los jugadores se treparon de cara a la tribuna y otros daban una media vuelta olímpica esquivando los cascotes. Mi sobrinito ya estaba pálido a esta altura y entonces Imbrogno nos metió a los dos en el micro de los jugadores, que sin bañarse subían y se echaban cuerpo a tierra en medio de una guardia propia y armada. Durante diez cuerdas los impactos en la carrocería fueron incesantes. Un par de amigos de mi sobrino se arrojaron en la caja de una camioneta que pasaba

desprevenida por la avenida de la cancha rumbo a Constitución. Mis amigos y muchos de los hinchas de Defe se volvieron en otros micros que consiguió la policía ahora incentivada por el dinero de nuestro presidente. La enloquecida hinchada de Dock Sud seguía amenazante al micro de los jugadores y al resto de nuestra gente a cien metros de distancia. La policía ahora dispuesta estaba en el medio. Cuando llegamos a la Boca, bajamos con los jugadores y mi sobrino -ya pibe feliz de nuevo- en la avenida Almirante Brown, a saltar y a festejar y hasta cortamos el tránsito. Estaban encendidas las luces en Defe, entramos a la cancha y todos preguntábamos por los que faltaban. De a poco fueron llegando. Algunos tenían heridas. Dimos mil vueltas olímpicas. Yo no podía más. Había bufet y el bufet ardía.

Al otro día supe –supimos- que un chico Giménez de la hinchada de Dock Sud había muerto en la locura del fin del partido en un choque con la policía.

El fútbol a veces hipnotiza. Y reaccioné y le intenté explicar a mi sobrino que no deben ser cruentos los caminos hacia la alegría.

2001 Odisea de un sueño

Un conjuro de profetas resentidos, parecía querer evitarle a Defensores la alegría casi exclusiva en aquel 2001 de las desdichas generalizadas. Nadie creía en nosotros cuando llegamos desde atrás al octogonal por el único ascenso, y ni nosotros casi creíamos cuando Deportivo Español nos iba eliminado en aquella tarde de barro y lluvia, que el Willy Aldaz, en el último instante, con un tiro libre, trastocó en luces y cantos. Pasamos a semifinales agradeciendo hasta a dioses paganos, pero mi corazón casi no me deja contar nada más por el histérico desarrollo del partido con San Telmo. Allá en El Porvenir fuimos locales otra vez porque era mayoría nuestra gente, pero parecíamos visitantes acobardados por el 2 a 0 abajo cuando sólo había transcurrido la mitad del primer tiempo. Pero ese Defensores llevado por los ángeles dio vuelta el resultado, aunque el 3 a 2 favor se hizo 3 a 3 faltando cinco minutos y ahí me dolió el corazón, agarré a mi hija Lucia y a su amiga Jazmín, ni me despedí de los muchachos de la tribuna y viendo de reojo como San Telmo se nos venía encima, escapé. Di vueltas sin sentido por la ciudad hasta que las chicas suavemente me gritaron ¡pará!, y ahí paré el auto, me animé y encendí la radio, y nos abrazamos.

En el partido de ida de la final con Temperley allá lejos en el sur, estábamos bien al término del primer tiempo del 0 a 0, pero nos pusimos mal cuando el entretiempo se hacía eterno, y los murmullos de una cancha repleta crecían y las versiones

también. Pero la verdad de lo ocurrido nos dejó peor. Hugo Rodríguez, nuestro legendario Casco, recuerda ahora revolviendo en una taza de café, una historia que hoy sigue siendo incomprensible. “Íbamos para nuestro vestuario, cuando de repente apareció un tipo de atrás y me dio una piña terrible que me rompió la nariz. Yo tardé en tomar conciencia de lo que pasó, no sólo porque el golpe me dejó aturdido, si no que además no podía creer lo que había sucedido, parecía irreal. Nunca imaginé que en una cancha iba a vivir algo así. Decían que el tipo era un allegado a la comisión directiva. Qué se yo. Tal vez nos vieron tan bien parados, nos vieron tan convencidos de buscar el ascenso, que nos habrán querido ganar de prepo.” Pasaron 30 días hasta que se decidió jugar la revancha en Ferro. Por supuesto que Defe no salió a jugar el segundo tiempo allá en el sur, le dieron ese partido ganado 1 a 0, y en el desquite en Caballito fue 2 a 0, y fuimos campeones y fue ascenso y fue locura.

Y el conjuro ya en hilachas y en agonía pretendía como último consuelo que no festejáramos. Volvimos a nuestra cancha y todos estábamos embanderados. Familias enteras, caravanas de dragones queríamos prolongar la intensa alegría. Pero llegó la policía en motos, patrulleros y carros y hubo corridas y gases y todos nos metimos en la cancha y festejamos igual, aunque enloquecidas, las fuerzas de seguridad nos tiraban hasta con agua helada desde afuera. Dimos vueltas olímpicas, besamos a los jugadores y al pasto y los postes, y aunque incomprensibles represores aguardaban en la avenida, qué iba a pasarnos, era imposible que nos extirparan la risa.

Hugo Rodríguez asegura ahora que la semilla del ascenso al Nacional B se puso en tierra o césped cuatro años antes. “En el ’97 éramos serios candidatos al descenso: arrancamos con 15 puntos abajo del resto. Para colmo con el técnico Massoto no

empezamos bien, pero cuando llego el Flaco Martínez comenzamos a sacar resultados, lo que hizo posible habernos quedado en la categoría. Pero la campaña fue tan buena, que se nos dio por pensar que llegar al Nacional B no era una locura. Entonces se empezaron a dar posibilidades para llegar a esa meta. Vino la primera gran alegría de poder pelear por ese objetivo: teníamos que ganarle a El Porvenir en su cancha, y nunca me voy a olvidar que nuestra gente fue vestida de fiesta, pero no se dio, empatamos. Después vino el reducido donde dejamos afuera a Talleres pero quedamos eliminados por Tigre. Pero se mantuvo la base en la temporada siguiente. No había estrellas, salvo Blas Giunta.

Eramos muchos los jugadores surgidos en el club, pero a los que venían de afuera les contagiábamos el amor por Defensores. Y logramos llegar a otra instancia decisiva: jugamos esa gran final con Argentino de Rosario en la cancha de Newell's, donde se vivió una fiesta increíble por la gran cantidad de gente de Defe que fue a alentar. Tampoco pudo ser, perdimos 1 a 0, pero yo íntimamente me estaba dando cuenta de que lo que en algún momento parecía un sueño lejano lo teníamos al alcance de la mano. Después llego el reducido donde perdimos esa final con Temperley. Pero lo importante fue que no nos volvimos locos, y con esa gran base y con algunos refuerzos aquel sueño lejano se hizo realidad: llegamos al Nacional. Y pudimos concretar esa fantasía de poder defender los colores de Defe por todo el país. Y hasta de irnos aplaudidos por los hinchas rivales. Como cuando le ganamos a Atlético en Tucumán y a Godoy Cruz en Mendoza.”

Ese sueño volverá a soñarse, Hugo. Y será nuevamente realidad, y volverán a resentirse los detestables profetas.



El autor de este libro con Correa y Arbelo: figuras del gran equipo de 1984.

[5]

Jugadores queridos

[capítulo cinco]

Guillermo Willy Aldaz

(Publicado por el autor en Clarín el 05/06/2004)

La tarde pintaba gris en todo sentido. El cielo con plomo, la cancha con barro y el 0-1 con Deportivo Español que nos rajaba del octogonal para el ascenso al Nacional. Siempre supe que iban 47 del segundo tiempo porque mi hija Lucía le preguntó el “cuánto falta” de la angustia a otro hincha, y porque El Tintorero de la hinchada nos pedía en la techada que aplaudiéramos igual al equipo, “y que el año que viene se nos va a dar”. Pero hubo un tiro libre, no muy pegado al área ni

a la ilusión. Willy llegó prepotente a todos aunque no fuera el lugar indicado para su zurda. Imposible saber por donde entró la pelota, porque todos los españoles, hasta el rey Juan Carlos con la reina estaban en el área. Fue la única vez que lloré en la cancha. Lloré como loco porque encima vi llorar a mi hija y a mi amigo el Tano, que sólo hacía puchero en la primaria cuando le decían “cuatro ojos”.

Los hinchas de Defensores de Belgrano saben de lo que escribo. Saben que hablo del Willy Guillermo Aldaz, un ídolo histórico y del gol ídem que nos permitió después eliminar a San Telmo y Temperley y gritar ¡campeón! y ¡ascenso! Fue un 26 de mayo de 2001. Aldaz ya tenía 33 años pero le estalló igual su corazón rojo y negro como cuando de pibe dio la vuelta en el Doque por el título en la C, o como en el 95, cuando mandamos al descenso a Excursionistas. Willy salió campeón también con Italiano y Estudiantes. En Defe jugó 370 partidos, y en total fueron 528 en el ascenso. Contando este partido del adiós, el de la segunda vez que lloré en una cancha.

Hugo Casco Rodríguez

(Publicado por el autor en Olé el 23/12/2003)

Que 20 años no es nada... Qué no van a ser. Y cómo pesa y pasa ese misterio inhallable que llaman tiempo, al que habría que encontrar para sacudirlo hasta matarlo, para que no mate lo que queremos y a veces así, de golpe. Pero cuando el tiempo se deja matar encima quiere decir que no sabemos qué hacer con nuestras vidas. ¿Tendrá que matar el tiempo ahora el Casco Rodríguez, al que se le ocurrió largar el fútbol, retirarse de mi querido Defe y arrojarme encima un volquete de nostalgias? No, porque se pondrá la pilcha de ayudante de campo del DT Busti. Pero Defe sin Huguito entre los once, es como si a una plaza le adoquinaran el pasto, le arrancaran los juegos y le pintaran bigotes al rubor de sus pibes. Ver a Casco con la 6 de Defe supo ser una ilusión. Casco que me hacés mal y sin embargo te quiero. Porque hace mal tu retiro a la película que en función continuada me pasa por la cabeza. Y veo la vuelta en el Doque en la C mientras desde los monoblocks no nos arrojan flores, justamente. Y yo era un pibe y volví jadeante al Bajo. Tu historia en Defe se abrazó mucho a la de mis mejores capítulos en la vida.

Qué raro nos vamos a sentir en la techada. Sí, ya sé, “yo sólo quiero ver a Defe campeón, ver a Defe en Primera”. Pero sin Casco Rodríguez va a ser raro.

Gabriel Gaby Pereyra

No es fácil ser querido. Pero es fácil cuando uno quiere de repente, sin entender, sin pensar, y por ese misterio de las elecciones se entrega a uno, a unos o a unos cuantos y a un lugar, a este lugar de las emociones que es Defensores. Gaby Pereyra parecía vencido aún vencido cuando River pareció sacárselo de encima y lo mandó a nuestro club con una difícil lesión a costas. Nadie daba pie con bola pero él quiso seguir dándole a la bola con su pie maltrecho. De cualquier manera y como sea, y por amor, ¿no Gaby? ¿No es cierto que existe todavía eso hasta en este fútbol asfixiado de mezquindades?. ¿No es cierto, Gaby?

“Defensores fue para mí como volver a nacer, volver a creer en mis condiciones, fue sentir el cariño y el amor de tanta gente que se brindó siempre conmigo. Sabía que el dolor no me dejaba pisar, pero también sabía que había ilusionado a mucha gente de Defensores que se la jugó por mí, entonces muchas veces jugué infiltrado y también en zapatillas para poder pisar mejor, pero nunca pensé en no poder hacerlo nunca más, a pesar de que después en los estudios salió que estaba jugando fracturado.”

Fracturado y en zapatillas, Gaby nos devolvió el brillo en las miradas a unos cuantos. Y unos cuantos nos íbamos a la tribuna del costado porque por ahí pasaba Gaby, cuando atacábamos para la techada, cerquita de la raya, con su diestra señorial como un ocho voraz o un wing impensado, despatarrando con exquisi-

teces a la defensa contraria. Era demasiada alegría, éramos flamantes en el “Nacional B” y Gaby que se nos entregaba para que en el entretiempo y por su culpa nos peleáramos si era a Banana Galbán a quien nos hacía acordar, o a Gómez de Armas o inclusive al mismísimo Loco Houseman. Gaby ahora está feliz en México, con su mujer Leticia y su hijo Manuel Ignacio. En ese país también lo quieren y le dicen el “Místico Pereyra” porque cuando hace un gol se pone la máscara de un luchador mexicano llamado así. No está tan mal lo de “místico” cuando asegura desde su otra residencia mexicana –la otra es su casa del Dragón–:

“Yo si vuelvo a la Argentina, vuelvo a Defensores. No se trata sólo de pensar en retirarme ahí. Sueño seguido en volver a Defe para ayudar al club a cumplir el sueño de jugar en primera, que por otra parte, también es mi sueño”.

Como suele pasar con la prepotencia patética de los que más tienen, River entonces sí tomó en cuenta a un tal Gabriel Pereyra a partir de sus hermosuras en Defe, y así Gaby retornó a la geografía del Monumental. Pero Gaby deambuló porque extrañaba, y porque fue demasiado el cemento para cobijar un dolor inesperado y profundo.

“Llega el chileno Pellegrini a River y me regresa –Gaby ya tiene algún modismo mexicano– Me va más o menos y nosotros, con mi mujer, perdemos un embarazo de 8 meses. Estábamos muy mal anímicamente, y decidí no ir a una gira con River. En ese lapso hablé con los dirigentes de River y les pedí que por favor me dejaran volver a Defe que era lo único que necesitaba mi familia, y ellos entendieron y me dijeron que me presente en Defensores que ellos arreglaban los papeles, pero después volvió Pellegrini y no quería que me fuera. Hubo muchos pro-

blemas porque yo ya estaba concentrado para jugar con Defe, y al final me regresaron a River. Mi señora estaba en familia en Defe, se llevaba bárbaro con la gente y la pasaba muy bien”.

Todo distinto tiene “rarezas”, y Gaby además de su nobleza por poco no es bisiesto: nació un 28 de febrero de 1978. Fue en un pueblito de Santa Fe, el Carlos Pellegrini de perennes cinco mil habitantes. Tenía 10 años cuando mamá y papá lo llevaron a conocer la cancha de River. Había unos chicos jugando y él se prendió: era la escuelita de fútbol de don Amadeo Carrizo y Giustozzi. De la escuelita salieron corriendo a decirle al mítico Adolfo Pedernera que había un pibe santafesino que la rompía. No pensaban quedarse los Pereyra, pero les rogaron. Al otro día jugó 15 minutos y lo ficharon.

¿Y la primera vez en Defe? Gaby habla entusiasmado desde el Distrito Federal, con mucama mexicana y eventos a cada rato, pero sabe que la emoción anida en el Bajo.

“El partido que ganamos en Tucumán, en el 2001, contra Atlético, fue el primer triunfo de Defe en el Nacional, y yo hice el primer gol de Defe en el Nacional.. Que baile les dimos ese día, fue un partido increíble, hicimos todo bien, hasta salimos aplaudidos por todos los tucumanos. El equipo de Guillermo Duró estaba técnica y tácticamente en condiciones de pelear el ascenso. Pero Defe había ascendido ese año y la mentalidad del equipo no apuntaba a llegar a primera. Se miraba mucho el promedio del descenso, y nos deslumbrábamos a veces con sacar fotos de los lugares que visitábamos de la Argentina, como Mendoza, Salta, Tucumán, etc. Como que estábamos hechos con hacer una buena campaña y vivir con el orgullo de recorrer el país.”

Gaby dice además que estudió la historia del club, que sabe de sus ídolos, y que por eso es un orgullo demasiado inmenso que “fanáticos” del club lo pongan entre los mejores jugadores de la vasta historia defensorista. Que además lo pone feliz saberse amigo de Jorge Busti, y que no va a olvidar “jamás” lo que le pasó en la fiesta del centenario de Defe. “ Fue el mejor reconocimiento que tuve en mi vida.” Después es misterioso y asegura que a la persona que más quiere a Defe “y que nunca quiere ser nombrada” le prometió el regreso “para ayudar a Defe ser campeón, para que pueda verlo en Primera. También, quiero devolverle al pueblo de Defensores todo lo que me dio.” “En México estoy gracias a ustedes”, agrega Gaby, que desespera por agradecer como si uno no se acordara de sus gambetas en zapatillas.

Rodolfo el Flaco Chiti

Decir Chiti es decir Defensores. Quien quiera ejercitar un poco la memoria y recorrer la historia del club seguramente se topará con una formación, con un partido, con una anécdota en la que aparece este Flaco con mayúsculas. Es que Rodolfo César Chiti permaneció, gozó y sufrió en Defensores más de 30 años. Jugó casi 20 años en Primera, y disputó 500 partidos, cifras que lo convierten en el futbolista que más veces se pintó el corazón con la rojoinegra. Ganó los campeonatos de Primera C de 1953 y 1958, y el de Primera B de 1967. Después fue técnico, y consiguió el título de 1972.

Defensor central, piernas larguísimas que llegaban a todas, alto, chueco y desgarrado, capitán, un símbolo de Defensores que aún perdura en el recuerdo de muchos hinchas del ascenso.

—¿Cuándo y dónde nació?

—Nací el 22 de septiembre de 1933 en la calle Congreso 1674, entre Núñez y Belgrano.

—¿Dónde comenzó a jugar a la pelota?

—En la vereda con mis amigos del barrio, luego me mudé a Barrancas de Belgrano y ahí sí, como ya era un poquito más grande, formamos un equipo con mis nuevos amigos, se llamaba “El Cometa” y desafiábamos a todos los clubes del barrio.

—¿De chiquito iba a la cancha?

—Sí, pero siempre me colaba. Un sábado iba a ver a Excursionistas y el otro a Defensores. Para ver al Dragón siempre nos trepábamos por el Club del Círculo Policial debido a que la pared era muy bajita.

–¿Cómo llegó a Defensores?

–En Defe pusieron afiches que decían que se iba a jugar un campeonato de papi fútbol nocturno. Me acuerdo que se iluminó la cancha en el corner de Comodoro Rivadavia y Avenida Libertador. Iba mucha gente a ver jugar a los chicos. Una vez se armó una gran pelea entre nosotros, los pibes, y el árbitro me echó. Entonces, una vez finalizado el partido, me agarraron dos dirigentes de Defe, los señores Sunino y Petrocino –ya fallecidos–, y me dijeron “mirá pibe, si venís a jugar para Defensores no te suspendemos”. Fue un canje.

–¿Cómo era en ese entonces el club?

–Era totalmente distinto, cuando yo empecé a jugar ni se había construido “la techada”. Ahora se hizo la platea nueva, menos mal, porque la vieja en cualquier momento se venía abajo. Yo no sé como nadie nunca se cayó de ahí. Pusieron iluminación, el césped siempre está verde y parejito, cosa que cuando jugaba yo era muy malo, con mucha tierra. Por eso destaco que en el club hubo una gran renovación.

–Finalmente, ¿cuándo fichó?

–Yo quedé vinculado al club el 15 de Marzo 1948, fecha que nunca me voy a olvidar porque coincide con el cumpleaños de mi mamá, y ella fue la que me acompañó a firmar el vínculo con Defe. Y ya en 1950 tuve la primera gran alegría. Salimos campeones de la sexta división, y tuve como compañeros al “Piolita” Gómez y a “Totola” Vigliarino, dos amigos que quiero mucho.

–¿Cuál fue se debut profesional?

–Debuté contra Tigre allá en Victoria, el resultado no pudo ser peor, perdimos 8 a 1. Me quería morir.

–¿Cómo se hace para jugar casi veinte años y 500 partidos con la misma camiseta?

–Es que antes, cuando uno se identificaba con una camiseta,

era para siempre. El dinero no tenía mucha importancia. Eran otros tiempos, otro fútbol y otro mundo.

–Era flaco, alto, despatarrado. Había quienes no daban un peso por usted.

–Es verdad. Mi fuerte era quitar la pelota, era un buen quitador e iba muy bien de arriba, por eso todos los directores técnicos que tuve me ponían a marcar al más difícil dentro del área. Me comí miles de codazos, y llegaba siempre a mi casa con moretones. Otra virtud que tenía era que no me entregaba nunca, e iba a muerte hasta la última pelota.

–También fue entrenador de Defe.

–Habré trabajado unos cinco años como técnico de Defensores. Cuando me retiré como jugador, el presidente del club en esa época era el señor Rodríguez, y fue él quien me propuso quedarme como DT, reemplazando nada más y nada menos a Angel Labruna, que se iba para River. Cuando terminé ese primer ciclo como técnico de Defensores, me fui a dirigir a Villa Dálmine en el campeonato de Primera C, donde salimos terceros. Recuerdo que primero salió Tigre, segundo Almagro y después nosotros. Hasta que un día me llama Rodríguez para volver a Defe, acepté, y salimos campeones de la “C”. En ese año, el 72, hice debutar profesionalmente a Houseman. Yo me acuerdo que le pedí al presidente que no lo vendiera al “Loco” luego del ascenso que obtuvimos, pero finalmente se fue del club, se fue a Huracán. Si hubiese tenido a Houseman en el campeonato de Primera B, yo salía campeón, y Defe hubiese subido a la Primera División. Sin él salimos cuartos a 5 puntos de Banfield.

–Houseman dice que es hincha de Excursionistas. ¿Hablabas de eso en aquellos tiempos?

–No, él siempre estaba en Defensores, vivía en el club y lo adoraba. Ya de grande empezó a hablar de más. Y me dolió

mucho lo que dijo en la televisión cuando trató a Defe como los “innombrables”, olvidándose de que el Dragón le dio lo más importante que se le puede dar a un jugador, que es la camiseta.

–¿Es cierto que tenía un trabajo paralelo en el Hipódromo?

–Sí, pero no pude soportar mucho tiempo hacer las dos cosas. Ser entrenador en esos tiempos no era fácil. No tenía como tienen ahora ayudante de campo, dos preparadores físicos, médicos, etcétera. Cuando yo dirigía me encontraba solo y cuando llegaba el día lunes tenía medio plantel golpeado, y nunca podía contar con todos los jugadores. Llegó un momento en que dije basta, no se puede ser “bohemio” toda la vida. El trabajo de técnico es muy inestable. Y yo tenía hijos y debía alimentarlos, darles una buena educación y miles de cosas más, la plata debía estar segura a fin de mes. Yo trabajé 24 años en el hipódromo de Palermo y ahí fue donde me jubilé.

–¿Sigue viendo a Defensores?

–En ese entonces no, porque en el Hipódromo trabajaba los sábados y domingos. Pero cuando dejé en 1994 empecé a ir a la cancha, y a encontrarme con gente conocida. Iba de local, pero también he ido mucho de visitante.

–¿Cómo es hoy su vida?

–Antes que nada me siento muy respetado por la gente de Defe, noto que me tienen un gran aprecio. En el día a día me dedico a ser “amo de casa”, ya estoy jubilado, paseo a mi nieta y me sobra el tiempo para todo lo que quiera hacer.

A propósito del Loco y Excursio

Cuenta Chiti: “Estábamos en la cancha de Central Córdoba, allá en Rosario, y me tocaba dar la charla técnica en el entretiempo-

po. Pasan los 15 minutos y el equipo sale a la cancha para disputar el segundo tiempo. Cuento los jugadores y había 10 solamente. Entonces miro a mi asistente y me dice “Rodolfo, falta el nene Houseman”. Fui rápidamente hacia el vestuario: estaba frente al espejo poniéndose protector solar, porque del lado que le tocaba jugar en el segundo tiempo daba el sol”.

Cuenta Chiti: “Jugaba Defensores contra Excursionistas, a mí me tocaba marcar al ocho rival, que en ese entonces era el armador del equipo. Los hinchas de Defe puteaban a un tal Calisto y los hinchas de Excursio me puteaban a mí, porque siempre salíamos abrazados de la cancha. Lo que nunca supo la gente es que Calisto y yo fuimos compañeros de banco en el colegio de la calle Congreso 1580 desde primer a sexto grado. Es por eso que nos queríamos mucho.”

El Negro Arbelo y el Paraguayo Correa

Jorge Arbelo y Heriberto Correa. Dos de las figuras inolvidables de uno de los mejores equipos en toda la historia de Defensores: el equipo de 1984. En aquella temporada de la vieja Primera B –no existía el Nacional, y había dos ascensos a Primera-, Defe salió subcampeón tras Deportivo Español, que logró un record de porcentaje de puntos: ganó 30, empató 7 y perdió 5, uno de ellos de local con Defensores (1 a 0 con gol de Arbelo). Pero el Dragón obtuvo 24 triunfos, sacándole 4 puntos de ventaja al tercero, Racing –todavía cada victoria valía 2 puntos-; 6 al cuarto, Lanús; 9 a Gimnasia y Esgrima (LP) y Nueva Chicago; 12 a Bánfield, y 18 a Colón. Defensores se clasificó para el octogonal siete fechas antes de que concluyera el campeonato, y llegó hasta las semifinales (en cuartos, goleó 4 a 1 a Tigre), donde fue eliminado por Gimnasia tras un 2-2 en el Monumental y un 0-1 en La Plata. El Negro Arbelo, un diez de enorme talento, conformó con Angel Ronci y Banana Galbán un mediocampo exquisito, y el juego de todo el equipo, dirigido por la dupla Jorge Busti-José Leonardi, convocaba cada partido a cientos de hinchas imparciales atraídos por el fútbol de lujo del Dragón. El paraguayo Correa, un tres de gran categoría, personalidad y con un potente remate, se había nacionalizado y jugó para la Selección Argentina. El Negrito Arbelo después firmó por un año en Huracán, estuvo en Colombia, hasta que fue incorporado por el Yokohama Marinos de Japón, donde fue estrella. Arbelo se quedó a vivir en Tokio, se casó con una japonesa, y hoy conduce

varias escuelas de fútbol en la capital nipona. Correa luego se retiró, integró la cúpula de Futbolistas Argentinos Agremiados y también supo ser DT de Defensores. Esta nota con ambos, fue realizada cuando el torneo de 1984 entraba en su etapa definitiva.

¡Shhh...! Defensores sueña...

Yo tenía ofertas de varios clubes. Mientras, entrenaba con Nueva Chicago, acá en el club de al lado de Defensores (IMOS), aunque los directivos de Chicago también querían que arreglara con ellos. Una tarde, después de entrenar, me fui caminando y de repente sentí que me chistaban: era el Ratón Leonardi que subido a la verja me decía en voz baja: ‘Che, fiero, ¿no querés arreglar con nosotros...?’ (Heriberto Correa).

“Yo estoy en Defensores desde los 14 años, había jugado en Tigre en las divisiones infantiles, y cuando me iban a fichar para las inferiores no quise saber nada, porque a mi primo, que andaba una barbaridad y ya estaba en el plantel de primera, no lo ponían nunca. Me dio bronca, y me vine a Defensores.” (Jorge Arbelo)

La picardía de la experiencia y la pureza de la juventud. Heriberto Correa, 35 años, Jorge Omar Arbelo, 21. El veterano y el nene de Defensores de Belgrano. Son los cabecillas de esta rebelión del pobre.

“La atrevida proposición del Ratón Leonardi fue una muestra de lo que encontraría después en Defensores. Cuando conocí al grupo, a este excelente grupo humano, cuando vi como jugaban estos pibes, me dije: acá pasa algo raro, este plantel está para grandes cosas. Qué le falta, me pregunté. Y sabés lo que me respondí: le falta un tipo como yo, un viejito zorro como yo, con 17 años de Primera” (Correa).

“Cuando vi que llegaba Correa y que hacíamos pretemporada en San Luis, algo no habitual en Defensores, me palpitó que algo

se estaba gestando, que algo distinto a otros años íbamos a vivir.”
(Arbelo)

Y el pobre empezó a mostrar sus armas para cambiar una vida habituada a la carencia, al sufrimiento. Tardó en escucharse su grito distinto. Tardó por el bullicio de Racing, por el que provocó también el arranque espectacular de Deportivo Español.

Defensores usaba su fama de humilde para trepar hacia el poder de la B sin que nadie se diera cuenta. Las fechas pasaban y el bullicio “perdedor” de Racing era tal vez más aturdidor que el de un Racing líder del campeonato. Las fechas pasaban y la espectacularidad de Español se devoraba el espacio para el asombro que dejaba Racing. Mientras, Defensores revalidaba sus nuevas conquistas...

“Yo no me canso de decirle a Arbelito: mirá, va a llegar la primera nota, después la segunda, que los diarios, que la radio, que la televisión. Pero, ¿y qué? Con eso no basta, a partir de ahora es cuando más hay que matarse en los entrenamientos, es cuando más hay que meterle duro. Porque el olvido puede llegar más rápido que la fama. Por eso, yo no me canso de aconsejarlo, porque para algo tengo 35 años y pasé por Vélez, Racing, el Mónaco, Deportivo Cali, Platense, Loma Negra, Huracán, Sarmiento, All Boys y la Selección Argentina. Esta es la oportunidad de ellos, la oportunidad de hacer plata con el fútbol, y más cuando tienen el talento de Arbelo, porque cada vez surgen menos jugadores en el país. En Defensores no van a poder quedarse toda la vida. Esta campaña es la gran vidriera. Tiene que plantearse objetivos, como me los planteé yo. El año que viene o el otro a un club de primera, después al exterior.” (Correa)

“Cuando entendí que tenía como compañero nada menos que a Correa, me quería morir de la emoción. Me parecía mentira que lo tuviera entrenando al lado mío. Me parecía mentira, porque si

no me equivoco, el estaba en las figuritas...” (Arbelo)

Y los ruidos de Racing se fueron apagando en la rutina de sus fracasos. Y los de Deportivo Español, en la rutina de sus éxitos. Y de repente, ahí, llevado por una manifestación de puntos, Defensores en la cresta del campeonato, detrás de este Español con una campaña superior, a la misma altura, que la del San Lorenzo de la B, con casi un setenta por ciento de efectividad, con una ventaja de seis puntos sobre el segundo de su zona y del tercero de la tabla general, y a siete de Racing.

“Estoy completamente convencido que Deportivo Español es superior a todos menos a nosotros. La diferencia con Defensores es que tuvieron regularidad. Cuando perdieron, al sábado siguiente ganaron y se recuperaron. A Defe en cambio lo mató esa seguidilla de tres partidos perdidos con Gimnasia, Lanús y Racing, y los tres los perdimos por esas cosas fortuitas del fútbol. Esta campaña se logra sin que el club gaste casi nada, porque si tuviéramos la infraestructura de Deportivo Español... ¿Sabés cuánto se cobra acá? Los sueldos van de ocho a doce mil pesos, y cobramos mil pesos por punto. Ahora, inclusive, estamos organizando una rifa para sacar un peso más. Aquí los muchachos pueden dedicarse exclusivamente a Defensores porque la mayoría son jóvenes, solteros, y no tienen grandes necesidades económicas. Y ¡jojo! Que Español no tenga ninguna caída. Nosotros no pensamos perder más. Y español tiene que venir a jugar a nuestra cancha. Ellos lo saben, somos una especie de granito que tienen en la cabeza y que les pica y les pica, y no les permite una paz absoluta para ya festejar de antemano el ascenso”. (Correa)

“Cuando yo escucho que Defensores al fin se va a caer, que va a ir para atrás porque no le interesa ascender, no entiendo nada. Si los dirigentes ya nos prometieron premios muy importantes por ascender. Además, a mí no me entra en la cabeza eso

de salir a una cancha y fingir. ¿Qué es eso? Mirá, Ronci tiene 22 años; Lagunas, Fraga y Walter Fernández, 23; Barrios, Cáceres y Aguirre, 24; Quiroga, 25, bueno, y yo, 21. Lo que queremos nosotros, que somos jóvenes, es progresar en el fútbol, y darle además una gran alegría a todo Defe. Y que mejor para todo eso que lograr el ascenso a Primera...”. (Arbelo)

Y Defensores, al fin, fue reconocido. Ya está en el poder de la B. Se sacó el anonimato de los últimos tiempos.

¡Booom...! Defensores existe.

(Publicado por el autor en Tiempo Argentino, el 29/8/1984)

Partidos que no voy a olvidar

[capítulo seis]

[6]

19 de setiembre de 2004

Pero Viejo, dejame ir.

–No, Pibe, yo estoy bien, acá me cuidan.

–Pero te debo el festejo de los 80.

–Sí, claro, vamos a soplar los velitas en terapia. No, esperá, ya me estoy recuperando, me siento más fuerte. Cuando vuelva a casa te venís.

Qué iba a hacer. Iba a ir a Córdoba, a ver a Defe contra Talleres el domingo en el Chatteau, y no lo iba a visitar... No, qué podía hacer. El no quería que lo viera cada vez más flaco porque no trababa, ni enmarañado por eso entre tubos y cables. Desde el martes que fue a hacerse un chequeo y quedó internado yo hablaba a cada rato con su mujer, la fiel y sufrida Gloria. Los médicos le habían dicho que por dentro estaba deshecho. Y puede ser, hacía rato que al Viejo la vida lo tenía hartó.

Las cosas se ponían mal ya en la amenaza del fin de semana.

Pero él insistía con que no fuera ni en avión, ni en helicóptero, ni en tren, ni en auto ni en el lomo de la correntada fuerte que sopla en momentos así. Gloria se iba a descansar un poco en la tarde madura de ese 19 de setiembre. Yo no quería escuchar la radio, ni tocar la computadora, ni usar un pensamiento por Defe, por Defe que andaba escribiendo un renglón importante de su historia estrenándose en el Chatteau Carreras. A Gloria la detuvieron en la puerta de calle. El médico le pedía que no se fuera, que las cosas se estaban complicando, que la respiración, que el corazón, que se quedara. A ella también el Viejo le había dicho que estaba bien, que qué hacía ahí, que quería dormir, que se quedara tranquila, que quería dormir, dormir y dormir, por fin dormir. Señora, quédese por favor, lamentablemente creo que llega el desenlace. Desenlace de qué me pregunto yo mientras Gloria me va relatando angustiada por teléfono. El Viejo ya no quería más enlaces. Por los alrededores de las seis, Gloria se recostaba a llorar sobre un cuerpo muerto.

A primera hora del lunes estábamos en Córdoba. El Viejo nos esperaba a nosotros solos en una salita de Villa Allende. Cómo se iba a ir así, sin pasar una vez más por esas calles queridas acosadas por arroyos y nubes de montaña. El remis arrancó de la terminal y al primer semáforo imágenes de sueños me envolvieron: las tapas de los diarios cordobeses hablaban de la goleada de Defensores, de una catástrofe y un desastre en el Chatteau, de que el ¡3 a 0! de Defe se ubicaba entre los peores diez resultados de Talleres como local, de la gran actuación del equipo porteño. Bajé la ventanilla y me compré todos los diarios. Apenas los miré y me los puse en el pecho. Y me acordé mientras íbamos para Villa Allende, de cuando con mis amigos y el Viejo armábamos partidazos de truco en la pile de Defe. Mis amigos le decían Bocha, y cómo le gustaban al Viejo las mentiras del truco. Pero no jugaba muy bien porque no sabía mentir. Y cómo de la mano, como siempre caminábamos, a los 8

años lo arrastré a que me llevara a ver a Defe. Lo que nunca le dije es que ya me había escapado a la cancha, solo, o con los chicos de mi escuela “Cullen”. Seguimos yendo juntos, pero él terminó al costado y yo con la hinchada. Recordé su orgullo cuadrículado sobre el alambre por alguna jugada que me salía en alguna práctica que hice en las inferiores de Defe. Cuando se casó de nuevo y se fue a vivir a Córdoba, lo seguía a Defe por los diarios, la tele, y me preguntaba por teléfono, y era un tema largo en la sobremesa de los asados que le hacía en su jardín de su casa del barrio de Epicuro, en las postrimerías de Villa Allende, entre árboles y plantas, y a 50 metros de los restos petrificados de un roble que supo darle sombras a su hombre más admirado, el general José de San Martín.

En la salita estaba cómo me imaginaba. Su paz encandilaba. Después me di cuenta de que mi Viejo murió casi a la misma hora que el referí pitaba un triunfo inolvidable de Defe. Habrá sabido que en el medio de mi dolor recibía esa caricia. Por eso tal vez esa media sonrisa de su cara sin palpitaciones.

TALLERES 0	DEFENSORES 3	
C. Orcellet	R. Llinás	Goles: en el primer tiempo, 42m Alegre; en el segundo tiempo 22m y 34m Abalos.
F. Erpen	M. Torres Mozzoni	Cambios: en el segundo tiempo, 4m M. Oyola por Vella (D), 12m L. Abalos por Yaqué (D), 13m E. Martínez por Rivadero (T) y 29m L. Unyicio por Mas (D).
J. Gil	J. Fontana	Suplentes. Talleres: D. Capogrosso, C. Smigiel, C. Bertola y G. Baroni.
H. Biasotto	O. Barsottini	Defensores: S. Andreu y J. Umbides.
D. Rivadero	C. Vella	Arbitro: Alejandro Toia
D. González	D. Batalla	Recaudación: \$ 34.100.
E. Giménez	N. Alegre	
N. Benítez	G. Dueña	
C. Sarría	L. Mas	
R. Astudillo	N. Gianni	
H. Silva	A. Yaqué	
D.T.: Leonardo Madelón.	D.T.: Salvador Pasini.	

El día de la primavera más feliz

Sabía que era difícil que el gallego García Rey me diera ese partido. Sabían todos en el diario de mi fanatismo por Defe, y decían que no era muy objetivo en mis comentarios cuando me tocaba cubrirlo, lo que ocurría muy a menudo. Pero ese día, el día de la primavera de 1985 que se iba a instalar como un tesoro en el cofre de mis recuerdos, el panorama era poco favorable. Es que Armando Juan García Rey, uno de los jefes de Deportes del diario en el que estaba en ese entonces, el desaparecido Tiempo Argentino, era hinchista y también fana, pero de Racing. Y nosotros jugábamos en el Cilindro por segunda vez en la historia, porque ya habíamos perdido ahí el año anterior 2 a 1. El gol había sido un golazo de Walter Fernández, quien recostado sobre la izquierda y a más de 30 metros, clavó un zapatazo en el ángulo. Ese gol le abrió las puertas de Racing, donde después jugó y fue ídolo como en Defe. Y en esa jornada de mi 21 de setiembre feliz, Walter ya estaba enfrente.

Pero volviendo a mi día de primavera soñado —que vive en mi memoria aún más que aquellos picnics donde se disparaban besos y romances—, mis planes de ir a ver a Defe contra Racing estaban complicados. Es que yo trabajaba también los sábados, y me tenía que quedar adentro, en la redacción. “Ni en pedo vas”, me había dicho el Gallego cuando comenzaba la semana previa al partido, y antes que yo le pidiera la obvia designación. Pero entre el martes y viernes lo agoté, le prometí quedarme al cierre —lo peor que hay, esperar que el diario del sábado esté concluido

significa clavarse hasta las dos de la madrugada, de la madrugada destinada a la joda, y yo en esa época jodía-, y lo convencí con el argumento de que no me importaba escribir el comentario, pero que tenía información de que si Racing no ganaba, la gente del caudillo peronista Juan D'Estéfano podía armar lío, y yo podía servir para cubrir vestuarios y todos aquellos posibles incidentes extra futbolísticos. El otro jefe, y otro gallego, Nando Sánchez -sin parentescos conmigo- que era -es- hincha de Nueva Chicago, me dio una mano, porque en el fondo quería voltear a Racing, pues Chicago también andaba vagando por la vieja Primera B de ese entonces. Y cabulero como somos casi todos en este gremio, imaginó que por mis fuertes deseos de poder vivir una histórica victoria de Defe, los duendes de la alegría iban a estar de mi lado, y chau Academia.

Defensores tenía un equipazo, aunque era bastante irregular. Pero en la fecha anterior le habíamos ganado a Lanús, al que teníamos bastante alquilado. Ya en el '84 los habíamos derrotado en su propia cancha con gol del paraguayo Heriberto Correa. Ese día también fue inolvidable: nunca vi que toda una platea se ponga de pie para despedir con aplausos al equipo rival. Qué épocas aquellas cuando al Dragón no se lo conocía tanto como Dragón y sí como la Máquina del Bajo. Le pintaba la cara a cualquiera y donde fuera. También, antes de jugar con Racing habíamos bailado a Colón en el Cementerio de los Elefantes santafesino. La síntesis del partido la dieron por TV por la calidad del juego de Defe y de sus goles, convertidos por Lagunas y Jorge Díaz. Ojo que este Díaz no era el "sordo" Néstor, que años antes había sido durante muchas temporadas el 9 de Defensores. El Sordo también era buen delantero, y logró convertirse en su época en un símbolo del equipo. Tanto, que el entrañable y polirrubro arquero Juan Carlos Sambucetti -hoy seguidor incondicional,

que concurre a la cancha que sea con su familia- hasta lo hizo estrella de un aviso publicitario para la TV de una gaseosa, que, obviamente, se filmó en nuestra cancha. Sambucetti era arquero, y también modelo y también odontólogo. Todo un personaje. A Sambu lo veo aún con su pinta cada sábado, pero la última vez que vi al Sordo Díaz trabajaba de personal de maestranza en un banco.

La cuestión es que me salí con la mía otra vez cuando de Defe se trata. Me ubiqué en el palco de prensa de Racing y antes de sentarme miré la cabecera baja visitante: éramos 300. Ya dije que teníamos un equipazo, pero de todas maneras alternábamos partidos brillantes con otro opacos. Además, veníamos con la memoria aún fresca de la temporada anterior, donde estuvimos tan cerca de subir a Primera División. Ese gran sueño frustrado le quitó un poco el entusiasmo a nuestra gente. Como suele ocurrir, Racing estaba en llamas. Era el segundo año consecutivo en la vieja Primera B, y otra temporada más en su “infierno” de presiones le resultaba intolerable (finalmente terminó ascendiendo al ganar el octogonal, en una final bochornosa con Atlanta). Pero su equipo no era nada del otro mundo. Aunque estaba en el fondo su capitán e ídolo Costitas, en el medio iba y venía aquel buen número ocho Jorge Acuña, y arriba no era poco lo que tenía: el Pampa Orte y, como dije, quien fuera otra de nuestras creaciones, Walter Fernández.

Pero nuestro mediocampo era superior. El ocho era el Torito Zuviría, nada menos. ¿Que qué Zuviría? Un grande, que vino directamente a Defe desde el Barcelona de España. Claro, los más pibes no podrán creer esto que estoy contando. Y no se trató de que el Torito viniera a chorear. No, por favor, antes los jugadores, y el mundo en general, eran menos cínicos. Hoy, el retrato y el nombre de Roberto Zuviría figuran en la sala de los

jugadores históricos y elegidos del Nou Camp, el mítico estadio de Barcelona. Y a Defensores llegó entero, y con Banana Galbán al lado, la pelota era nuestra, y prefería nuestros pies por las caricias. Defe era mejor que Racing aquel 21 de setiembre de 1985, pero los minutos pasaban y nos costaba incomodarlo más a Wirtz, el arquero de ellos, que no era ninguna maravilla.

Los 20 mil hinchas de Racing empezaron a fastidiarse con el 0 a 0 y con el mal juego de su equipo. Ya en el segundo tiempo, empecé a creer que sacábamos un punto, porque al equipo no parecía pesarle el segundo tiempo en el Cilindro, que antes pesaba, y mucho. A partir de los 20 minutos de ese complemento, comenzaron algunos chiflidos de la gente de Racing porque no nos lastimaban y el tiempo pasaba. Hasta que llegó ese minuto 30. Banana Galbán robó una pelota en el medio, levantó la cabeza como siempre la levantaba, y vio que Jorge Díaz picaba. Se la puso exacta. Nuestro 9 quedó solo y habilitado ante el arquero, y en vez de definir lo gambeteó. Si bien la pelota se le fue algo larga hacia la izquierda, tenía lugar para tirar y convertir. Pero no. Díaz se frenó y esperó que Wirtz lo enfrentara de nuevo. Lo volvió a gambetear. Pero ahora estaba encima Gustavo Costas, a quien hizo caer con un esquite suave. Pero otra vez tenía enfrente al pobre Wirtz, despatarrado y desesperado, y qué iba a hacer el ergométrico Díaz -nos estaba probando el corazón-, ¡no, no pateó, lo volvió a gambetear! y después sí, con el arco enteramente libre, se metió con pelota al arco. Dios mío, qué gol. Salí indemne de la dura prueba a la que me había sometido nuestro centrodelantero Díaz, porque aún con el corazón rebalsado de latidos, me paré en el palco de prensa y pegué un grito fuerte y seco. ¡Gol!

Los 300 de la tribuna rodaban enloquecidos, y a mí algunos plateístas de Racing también me miraban enloquecidos. Para

colmo, un minuto después, otro fenómeno que pasó por Defe, y que jugó en Vélez y Argentinos Juniors, entre otros, Walter Cataldo, un wing de los de antes, que desbordaba con potencia y le pegaba como los dioses, se fue hasta el fondo y desde un lugar imposible la clavó en el segundo palo del arquero. En dos minutos 2 a 0. Víctor Hugo Morales gritaba en su relato que “como correspondía, en el Día de la Primavera, el chico, el estudiante, había festejado en la Academia”. El segundo lo grité pero sin pararme. Terminó el partido y mi alma estaba, como siempre, con esos locos más locos que nunca de la visitante. Me di vuelta, y con mi cara colorada y emocionada, le sonreí al Gallego García Rey. Un poco como la cargada inevitable, y otro poco como agradecimiento por haberme permitido vivir el que fue mi día de la primavera más feliz.

RACING 0	DEFENSORES 2	Arbitro: J. C. Biscay.
Wirzt	Alles	Cancha: Racing
Vázquez	Gándaras	Goles: en el segundo tiempo, 35m J. Díaz y 36m N. Cataldo.
Astegiano	Barrios	
Costas	Lagunas	
González	Carrizo	
Acuña	Zubiría	
J. Carrizo	H. Galbán	
Olivera	Godoy	
Orte	J. C. Aguirre	
Caldeiro	J. Díaz	
W. Fernández	N. Cataldo	
D.T.: V. C. Rodríguez.	D.T.: J. Busti.	

El 2 a 0 a Excursio

La cancha de Platense parecía una hoguera sin fin. No podía apagarse con tanta pasión encendida. Era la última fecha del Clausura del '95, y Defensores tenía que ganar y esperar la combinación de otros resultados para acceder a las finales por un segundo ascenso. Pero en realidad, el mañana, el futuro, el efecto invernadero, las finales y los campeonatos por venir, la guerra de las galaxias, en aquel momento, cuando el árbitro Sandanella dio el pitazo, no importaban nada. Se sabe que la pasión en el fútbol se duplica cuando se juega con el gran rival. Y ese adversario suele ser el que nos disputa el barrio, el que ha marcado el terreno demasiado cerca de nuestros dominios. Bueno, enfrentábamos a Excursionistas, los vecinos, que habían ascendido a primera B el año anterior, tras 20 años consecutivos en Primera C. Y ahí, en la hoguera y entre las chispas, por su bajo promedio, los vecinos se jugaban el descenso. Entonces, a nosotros, los de Defe, sólo nos importaba en la vida mandar a Excursionistas al descenso, que, vale aclarar, con un empate se salvaba.

Ellos salieron a especular pero en seguida les fue mal. A los 21 minutos ya ganábamos 1 a 0 con gol de Leonardo "Caniggia" Almanza. Recuerda don Osvaldo Chiarello, quien ese entonces era el presidente: "En la semana previa, se esperó con mucha ansiedad este partido. Yo estuve en todas las prácticas y de golpe me di cuenta que Almanza jugaba para los suplentes. El técnico Caruso Lombardi me dijo que no lo veía bien. ¡Yo me puse como loco! Le dije, no Ricardo, fijate Ricardo, pensá

Ricardo, pero Ricardo, te pido por favor, ponelo. Y menos mal, Almanza jugó.” Y menos mal, porque si no lo hacía, la historia de Defensores tendría un ídolo menos. En el segundo tiempo, por momentos, Excursio, desesperado, se nos vino encima, pero entre el arquero Traverso y el Casco Rodríguez y el Willy Aldaz levantaron un murallón. Aunque fue inolvidable la chilena del hermano del arquero, el zaguero Martín Traverso, que entró en el segundo tiempo para cumplir con su destino en la vida: hizo una chilena de otro mundo para sacar la pelota en la línea del arco nuestro. Pero cada contra de Defe los hacía temblar a los de la tribuna de enfrente. Yo estaba apretado en la cabecera de Platense que da a la General Paz, que todavía era de tablones de madera. Estaba con mis amigos el Mosca y el Tano. El Mosca, como a veces le sigue pasando, no aguanta tanta tensión, y se iba al baño y volvía y miraba y no miraba. Cuando Defe juega por TV, y el no está en la cancha, no aguanta tampoco. Ve un poco del partido y hace zapping, un par de minutos, y zapping. Y si hay un penal, cambia, y después se fija. La cuestión era que el partido mantenía los corazones alterados. Excursio iba, ya casi sin restos en su agonía y en la agonía del partido, y Defensores parecía ir ajustando su disparo letal. A un minuto del final, hubo un borbollón interminable en el área de Defe y todo Excursio reclamó una mano inexistente. Le echaron a dos jugadores, y se quedaron con ocho, porque un rato antes también se había ido a bañar temprano uno de los Lazarte. Y ahí cuando la ilusión de Excursionistas marchitaba y su pena germinaba, llegó el 2-0 condenatorio de Defensores tras una definición exquisita de Almanza cara a cara con el arquero.

Tal vez después de eso, ese Leonardo Almanza de 21 años se dio la mano con la gloria y se quedó sin mayores apetitos. Tal vez por eso, abandonó muy joven el fútbol tras pasos rápidos por

México, All Boys, Sportivo Italiano y Temperley, para volver un rato más a Defe. Almanza jura que hizo esfuerzos por recordar, pero los detalles de los goles se le nublan. “Fue algo inexplicable –narra con la misma cara de pibe–, una sensación muy linda que no la puedo comparar con nada. Nunca tuve palabras para describir cómo fue eso, solo tengo el recuerdo de las pelotas rumbo a la red y todos los hinchas volviéndose locos. Fue algo que me quedó marcado para toda mi vida. Todos queremos jugar un clásico algún día, y yo tuve la posibilidad, y encima fui el que hizo los dos goles de un clásico tan especial. ¿Qué más puedo pedir?”

Está claro que nosotros a vos, nada. El “Cani o Caniggia” como lo llamábamos porque era parecido y encima wing derecho y rápido, habla entusiasta en la estación de servicio de Hurlingham donde trabaja. Cuenta que se enteró medio de prepo de lo que era un clásico Defe-Excursio. “Yo había estado en el clásico anterior, que se jugó una mañana de domingo en la cancha de River. Empatamos 1 a 1 un poco por mi culpa, porque me comí un gol debajo de los tres palos. Pero no tenía conciencia de la importancia del gol errado. Me lo hicieron saber en la semana los hinchas...”

Recuerda que después fue tan querido, que una vez “uno, desde la tribuna del costado, me gritó que pusiera más huevos. Yo me di vuelta y lo puteé, porque si había algo que no me podían decir es que no ponía ganas. Al rato me di vuelta, y al hincha que me pidió huevos otros hinchas lo estaban cagando a trompadas porque se había metido conmigo...”

Y de repente, Almanza habla de un nuevo sueño que le nació cuando fue invitado al club en la fiesta del centenario. “Me llamaron dos meses antes del 25 de mayo, y te juro que contaba los días. Cuando llegó la fecha, en el vestuario me cambié y me

preparé como si fuera a jugar por los tres puntos, y sólo iba a jugar 10 minutos en los partidos que se armaron con los ex jugadores del club. Pisaba una cancha profesional por primera vez después que me retiré. Tres años tardé en ver un partido luego de dejar el fútbol. No es fácil abandonar algo que uno lleva bien adentro. Y me emocionó la ovación de la gente cuando entré. Ser parte de la historia de un club es algo muy grande. Y me dieron ganas de volver a jugar en Defe. Si apenas tengo tres kilos más que cuando largué. Es que con amigos, juego cuatro partidos por semana. Empecé a soñar con volver a Defensores. Aunque sea, poder jugar seis meses.”

¿Quién sabe si su deseo no se hará realidad? Y estas páginas queden desactualizadas hablando de un ex jugador, y hasta incompletas porque no registran otro hecho histórico protagonizado por el “Cani” Almanza.

DEFENSORES 2	EXCURSIONISTAS 0	
S.Traverso	Sanmartino	Goles: primer tiempo,
L. Salegas	Lúquez	21m Almanza; segundo
De La Llera	Dopazo	tiempo, 45m Almanza.
Hugo Rodríguez	Gords	Cambios: 33m Carballo
G. Aldaz	C.Lazarte	por Testa (E); segundo
V.Cristaldo	Martín	tiempo, M. Traverso por
G. Juárez	G.Pérez	De La Llera (D), 22m
P. Mastronicola	Testa	Giacone por Cristaldo (D),
M. Robles	R.Lazarte	27m Scacchi por Lazarte.
L. Almanza	Chávez	Recaudación: \$ 18.082.
M. Piersimone	Szeszurak	Tercera: Defensores
D.T.: R. Caruso	D. T.: D. Espósito.	2 (Barrios y C.López),
Lombardi.		Excursionistas 0.

Sonrisas que no voy a olvidar

[capítulo siete]

[7]

El Diego es de Defe

Eran los comienzos del dantesco infierno menemista allá por 1991, pero también había feos ardores en el Bajo por el segundo año consecutivo en Primera C. Cerquita, a un puñado de cuadras, en Libertador y Correa, ya hacía tiempo que vivía Diego Maradona, y también, a unas puertas de distancia, Moria Casán. No hay registros de que la vedette haya expresado algún sentimiento por nuestro club. Pero sí los hay, y creo que salimos triunfando, de Dolores Barreiro, vecina del barrio. La ex modelo de Pancho Dotto y actual conductora de TV, dijo en más de una oportunidad “que moría por Defe”. En realidad eso lo dijo una vez, durante una de esas fiestas fashion en la que un notero de esos programejos de chimentos, algo bebido, le pregunto de qué cuadro era. Dolores no estaba bebida y habló de Defe. Y si bien como en aquella situación no repitió que “moría” por nues-

tros colores, sí aseguró en varias ocasiones sentirse hincha de Defensores. El club le ha mandado camisetas, e incluso invitaciones para fiestas aniversarios. Los dirigentes deberían haber hecho el esfuerzo de contratarla para el primer equipo: quién detendría a esas piernas interminables, quién asistiría a los corazones de cada rival que saliera a marcarla.

Me estoy dando cuenta que se me va de curso la historia por pensar en Dolores Barreiro, y encima con la camiseta de Defe y en pantaloncitos... Decía que Diego vivía en el barrio, y tampoco él pudo abstraerse del fuego cálido del Dragón. Ya la barra le había dado la bienvenida no sólo con pintadas afectuosas, sino también coreándole en la esquina un sin fin de rimas cariñosas. Y hasta lo había defendido echando de su puerta y del barrio a pedigüeños hinchas de Argentinos Juniors que supieron incomodar lo suficiente a su esposa Claudia y a sus hijas. El mismo Maradona lo contó agradecido en una página del libro “Soy el Diego de la gente” que escribieran sobre la historia del Diez, los periodistas Daniel Arcucci y Ernesto Cherquis Bialo.

Aún se sentía el invierno en Buenos Aires, y todo Defensores parecía convencido de que ése iba a ser el último campeonato de nuestro club en la C. Y así fue, porque nunca más volvimos a esa categoría. Habían pasado sólo tres fechas del torneo, y sumábamos siete puntos. Veníamos de empatar 1 a 1 con Excursionistas de visitantes, con aquel gol de Hugo “Casco” Rodríguez tras un entrevero en el área y frente a nuestra tribuna repleta. Ese sábado gris nos tocaba enfrentar en casa a Claypole. De más está decir que todos dábamos por hecho una victoria y la consolidación en la punta del campeonato. No pasaba nada en la cancha cuando ya casi había transcurrido un cuarto de hora. Pero de repente estallaron como un vendaval un sinfin de murmullos. En la cancha la pelota rebotaba, volvía e iba, amagaba ir camino al cielo o a la

tribuna, pero sin embargo, la sensación de euforia crecía. “Vino Diego”, “¡¿Qué?! Me estás cargando”, “Mirá a la platea, es él”, “Pará, a ver, qué grande, sí”, “Maradó...Maradó, dale boludo cantá, estás duro, Maradó”, “No lo puedo creer, Diego, Diego, olé olé olé olé, Diego, Diego...”. Diego Armando Maradona fue a la cancha a agradecer el cariño de la hinchada del Dragón, y porque le tiraban los colores del club de su barrio. “Yo, en el ascenso soy de Defe”, dijo a los que los rodearon quien supo ser el mejor de todos, y que cada día aparece más en las alturas para el declinante fútbol universal. Diego se quedó en la vieja platea hasta los 35 del segundo tiempo. Algunos propietarios de dudoso humor hablaron después de cierta condición de mufa del Diez porque, insólitamente, terminamos perdiendo 1 a 0 ese partido con Claypole. Transcurridos unos meses, esos muchachos de lengua larga debieron arrepentirse porque Defe se coronó campeón dos fechas antes del fin del torneo, y se dieron cuenta que la bendición de Dios había rendido sus frutos.

Diego siempre que pudo evidenció su cariño por nuestro Dragón. Cada vez que alguien le acercó una camiseta de Defe para autografiar, se detuvo especialmente y envió sentidos cariños. Cuando en el verano de 2006 un par de directivos de Excursionistas con grandes deseos de salir en los medios anunciaron la posibilidad de que Maradona volviera al fútbol vistiendo esa camiseta, el Loco René Houseman irrumpió en TV con cordura: “No lo veo a Diego en Excursio, él tiene más onda con Defe”, dijo. Por supuesto que Maradona no consideró ni la posibilidad de pasar a unas cuadras de Pampa y Miñones. Porque está así de claro: Maradona es hincha de Boca, Argentinos Juniors y también de Defe. No está mal este otro orgullo...

Chuenga también era de Defe

Se metía en la tribuna de Defe arrastrando la bolsa como un Papá Noel desvencijado. Con su resistente pelo naranja y sus pulloveres de bochinche, a Chuenga le hacía falta ese grito característico para recibirse de personaje en mayúsculas: “Chuenga a a...” estiraba la trompeta de su voz. “Chuenga a a...” y uno se preparaba para la emoción de ser su elegido. Chuenga vendía chuengas, pedazos mal cortados de un caramelo duro y blanco, que estaban envueltos con la exageración de todo negocio. El papel sobraba y las puntas retorcidas en moños le daban el caramelo una envergadura que no tenía. La medida de la venta era su mano. “Dame 50 centavos”, “dame 20 centavos” y Chuenga metía la mano en la bolsa y sacaba el mismo puñado. Pero yo sé que conmigo tenía atenciones. A veces se me caían de las manos los caramelos que me daba. Es que una vez le avisaron que la policía estaba por llevarse su auto. Justo estaba cerca mío en la tribuna, y me dijo “che, pibe, cuidame la bolsa”. Yo no lo podía creer. Me puse la bolsa entre las piernas para que nadie la viera, a ver si venían a pedirme chuengas de fiado. No podía maltratar su confianza. Un personaje de la tribuna como Chuenga que te diera la bolsa era lo mismo que en la cancha la Chancha Busti o Quenón Houseman te pidieran que por favor les cuidaras la pelota que ya venían. Como Chuenga demoraba, y mis amigos ya me presionaban para que repartiera un pedazo del botín, yo salí a vender. “Chuenga, chuenga”, maldecía yo sin pronunciar la herejía de la “a” extendida, y todos miraban con disgusto al personaje apócrifo. No pude vender nada. No puede meter la mano

sin mirar en la bolsa como hacía Chuenga, y así ese misterio de hondura y envolturas siguió sobreviviendo cada sábado.

Decían que Chuenga había hecho fortuna, porque de Chuenga se tejían infinitas historias. Que vivía en un palacio, que andaba en los mejores autos, que había vendido por millones a Estados Unidos su fórmula empalagosa. Pero Chuenga era un humilde trovador de la sorpresa que vivía en Floresta y que todos decían haber visto. Chuenga era hinchado de Defe, aunque nunca hablara más que su grito. ¿Qué hacía en Defensores cada sábado si durante la semana se les aparecía a los pibes de las escuelas de Floresta y Mataderos? ¿Por qué no iba a All Boys, a Nueva Chicago? A Vélez sí iba, y hasta estuvo en la inauguración de su estadio en 1943. Chuenga había nacido como José Eduardo Pastor en 1915. Como el pastor de chicos alegres con mejillas hinchadas de rubor y de caramelos duros. Ya de pibe Chuenga se largó con su invento. Aquella época en que el fútbol era el foot ball creado por los ingleses, y se decía back, half, insider, Chuenga en realidad le puso “chewing gum” a sus caramelos, lo que en inglés significa goma de mascar. El fútbol se fue aciriollando y junto con muchos de sus términos, chewing gum se deformó en chuenga. Es que Chuenga fue uno de los tantos sinónimos navegando con el fútbol. Porque iba a la cancha de Defensores pero también iba los domingos a Primera. Chuenga ya tenía sus años cuando lo descubrí y descubrí a Defe. Era chueco y ya se le encorvaba la espalda de tanta bolsa. Nunca me habló más que su grito, pero me dio su bolsa una vez y un puñado grande de chuengas asfixiadas. Un sábado de 2 a 0 en el primer tiempo, rozó mi felicidad con una sonrisa. Y una tarde fría del '72 lo vi frenar sus renos masticables ante una apilada de René. Murió en 1984, el año de Ronci, Banana Galbán y el Negro Arbelo. Dicen que se detuvo para verlos.

El paradero de la pelota que Kijima mandó a Libertador

Kijima miraba todo, les sonreía a todos y toda mujer que se le cruzara lo hechizaba al punto que se quedaba unos segundos inmóvil con la sonrisa hecha piedra de oreja a oreja. Kijima Ryosouke era un japonés y futbolista que había llegado a Buenos Aires en los ardores del verano de 1999, y asombraba su asombro. Llegó a Defe porque después de muchos años se había reactivado un convenio entre nuestro club y el Yokohama Marinos y la Asociación Japonesa de Fútbol. Defensores fue el primer club de la Argentina en exportar jugadores al Japón, cuando en 1985 se fueron a ese país Jorge Arbelo, un gran número 10, y Oscar Mindolacio, un buen y morochazo número 2. Y así abrió un mercado que con el correr de los años pareció desactivarse. Pero antes y gracias a Defensores, y a la buena imagen que dejaron sus jugadores Arbelo y Mindolacio, se fueron al gigante asiático figuras como Ramón Díaz, Medina Bello, Gorosito y el Beto Acosta.

Y Defensores también fue el primero en hacer debutar a un japonés en Primera: a Kijima. Tenía 19 años y la sangre en remolinos. Nunca aprendió más de un puñado de palabras en español, y cuando lo puteaban los contrarios qué iba a hacer, sonreía. Lo único que decía es “wing-wing”, como si fuera otra nomenclatura japonesa cuando el técnico le preguntaba de qué jugaba. Y al principio “el ponja” impresionó bien. Era rápido, encarador, tenía cierta indescifrable habilidad. En la primera práctica muchos se quedaron con la boca abierta y ya fantasearon con rimas con Kijima: desinhibido metió cinco caños y marcó un gol.

Pasó el tiempo y empezó el campeonato, y ya el milagro de Oriente exigía intensas imploraciones. Pero debutó en primera, y alternaba entre titularidades y suplencias. Seguía sonriéndole a todo, pero más que nada a las mujeres. Cuando como suplente calentaba por los laterales de la cancha, se paralizaba si por ahí alguna dama le gritaba alguna palabrita de aliento. Se detenía y se inclinaba de manera reverencial. Más de una vez se detuvo repentinamente mientras trotaban todos los suplentes y se armó un choque monumental. De entrada, el Yokohama Marinos le había entregado a los dirigentes de Defe un cheque de 13 mil dólares para que a Kijima no le faltara nada. Y además, le habían alquilado un flor de bulín en el barrio de Recoleta. El japonés vivía como un rey y se desvivía por las reinas. Hasta tenía traductor y profesor de español. Pero Kijima se volvió a Tokio sólo diciendo “hola”, “cómo llamar”, y “linda mujer”, los primeros pasos para un levante.

Kijima ya empezaba a estar más flaco y ojeroso, y su nivel mostraba cierta decadencia. Pero igual, ya de vez en cuando, mostraba algunos chispazos. Se me ocurrió para un sábado armar una producción periodística. Yo ya había gastado líneas por el japonés porque no me parecía mal jugador, y además me daba cierto orgullo que en Defensores no hubiera prejuicios con las nacionalidades de sus futbolistas, y que fuera el club elegido desde la otra punta del mundo. La idea en un partido de local era seguir al personaje que era Kijima, desde que llegaba al estadio y durante el partido. Esa tarde de fines de marzo de 1999 el japonés volvió a ser suplente. El fotógrafo ya empezó a mirarme torcido porque necesitaba a Kijima jugando. El técnico Oscar Martínez lo mandó a llamar a los 30 del segundo tiempo, y el japonés, que vivía entre ceremonias y asombros, y excedido de respetos y simpatía, me buscó en la tribuna, hizo una reverencia y me sonrió,

como tranquilizándome: la nota iba a poder hacerse. Habíamos hablado durante la semana sobre la nota, aunque en realidad el que hablaba era yo, Kijima sólo sonreía.

Y el japonés entró como un torpedo a la cancha. Pedía la pelota como loco, ubicado casi como un wing izquierdo. Se lo notaba más obligado que nunca. Seguramente, sentía la presión extra de hacerme quedar bien con el fotógrafo, de darme con su buen juego sustento a la nota. Porque yo siempre estoy sospechado de exagerar todo cuando se trata de Defe. Kijima la recibió un par de veces y se embarullaba. Estaba nervioso. Hasta que faltando un par de minutos para el final del partido quedó dando vueltas una pelota por la medialuna del área rival, y Kijima llegó como una ráfaga para pegarle: la pelota no se vio más. Pasó claramente por arriba de la techada. Pero la pelota no apareció más. O sí. Como un mes después de la frustrada producción con Kijima, y de que el fotógrafo dejara la cancha con un “andá a cagar, Sánchez”, paré un taxi en el centro y su conductor resultó un muchacho que supo coincidir en un par de años míos de la escuela secundaria. Tras la emoción de reencontrarme con el Orejón Russo, me preguntó si seguía siendo de Defe. El era -o es- de Platense, y siempre había cargadas entre los dos. Y pasó a contarme: “¿Sabés una cosa, Cabezón? (así me decían en aquellos años de la adolescencia) Hace un mes, andaba yirando y distraído con el tacho, y cuando me di cuenta estaba casi en Libertador y Comodoro Rivadavia. Había partido. De repente sentí un golpe fuerte en el techo, y en seguida pensé en algún piedrazo, viste, este banderín del Calamar lo llevó siempre colgado. Pero miro a mi izquierda y veo una pelota que cae y pica. Vos sabés que yo soy rápido para los mandados. Di una vuelta en u, paré un segundo y me llevé la pelota. Me di cuenta que era una pelota profesional, que era una pelota del partido. No ves que son unos burros”.

Con sombrerito escocés en el Doque

Hubo una época en que los partidos contra el Doque se esperaban como a esa novia esquiva que muy de vez en cuando se puede besar. La ansiedad nos enturbiaba la ilusión. No sabíamos si nos iba a ir bien o mal, sólo queríamos que llegara el día de encontrarnos. Se dio la rivalidad, y nos olvidamos de Excursionistas, de Tigre, de todo. Con algunos amigos nos hablábamos varias veces durante la semana previa, para distraer a la espera, a la realidad. Esa realidad larga y pesada que suele meterse entre nuestras pocas pasiones. Nos intercambiábamos información sobre quién o cuál iba a jugar, si fulano o sultano de ellos estaba lesionado o no, y hasta tirábamos ideas de nuevas canciones para la tribuna. Me acuerdo de una que inventé, y que en un partido con ellos en el Bajo empecé a cantar solo en la techada, y por supuesto, nadie me siguió. Es que si bien la letra estaba bien, rimaba y era bastante original para la época, su música era complicada para la cancha pues su origen pertenecía a una canción italiana, no muy difundida aquí, de la cantante Gigliola Cinquetti, y, seamos honestos, de unos bises difíciles de entonar por una barra de desentonados. Entonces me avivé, me acerqué un poco más al núcleo de la hinchada, se la canté al oído al Negro Arbona, le encantó, la cantó, y todos lo siguieron. Estaba muy orgulloso. Mi creación había retumbado en nuestra hermosa tribuna techada. Claro que no duró mucho, porque, como dije, era complicada su melodía. Decía así: “Llora el Tano llora el Doque, llora todo Adrogué, porque sabe que este

año, Defensores va a la B”.

Creo que la rivalidad Defe-Dock Sud nació el 19 de agosto de 1972, en Primera C. Ese día habíamos llenado la tribuna visitante lateral de la cancha de ellos. Estábamos todos apretados, hasta los pasillos no alcanzaban. Es que veníamos punteros, íbamos invictos en 15 fechas disputadas. En ese equipo estaba el Loco Houseman, la Chancha Busti y Albino Valentini, el goleador, quien después, y con el paso del tiempo, se convirtió en empresario y en uno de los principales responsables de los torneos de verano de Mar del Plata. El Loco Houseman (buscar capítulo dedicado a Houseman) no era “Loco” en esa época con sus 18 años. Sus apodos era Quenón o Hueso. Y se cansaba de gambetear a uno, dos, tres, para que Valentini la empujara y la hinchada encendiera el “Tini Tini, gol de Valentini”.

Era un partido de ida y vuelta, y esa tribuna del costado estaba muy cerca de la cabecera donde se ubicaba la gente del Doque. Las cantitos y las cargadas iban y venían, y se escuchaba hasta el grito más apagado o afónico. Estábamos muy cerca. Hoy, esa tribuna está clausurada para los visitantes. De repente, los del Doque identificaron al Francés quien andaba repitiendo sus característicos gritos contra el árbitro: “Fue foul, refereee..., qué cobra, refereee (así, sin tutear) o “eso es orsay, refereee...”. O simplemente “!refereee;” cuando parecía perjudicado nuestro equipo. Pero al Francés, se le ocurrió ir esa tarde soleada y fría con un sombrerito tipo escocés, bien colorido, que llamó la atención de la hinchada del Doque. ¡Las cosas que le gritaban, y la verdugueada general que nos ligamos todos..! “Borombombom, borombom, el de sombrero, es comilón...” era el canto de los del otro lado. Llegó nuestra respuesta, el clima se puso denso y comenzaron las amenazas de encontrarnos a la salida. Mis amigos y yo nos encontramos a la salida pero para rajar. Pero

vale aclarar que no era por temor a la trifulca. Queríamos llegar a tiempo para ver en Pepo's la pelea de Carlos Monzón con el pelado y norteamericano Bennie Briscoe. Cruzamos la avenida y tomamos el colectivo. Así de simple era todo antes. No había cortes de calles, ni operativos con helicópteros. La violencia no era negocio porque escaseaba. Monzón defendía por sexta vez el título mundial de los medianos (lo defendió 14 veces). ¿Qué era Pepo's? Era el bar en el que paramos durante muchos años y que estaba enfrente de Defensores (buscar capítulo dedicado a Pepo's). Monzón pegó por nosotros todas las piñas juntas. Ganó por nocaut en el quinto round. Pegó porque era el deporte que practicaba y en el que sobresalía, que no es lo mismo que pegar por deporte...

Andá a...

(Publicado por el autor en Clarín en 2003)

S

ñor, tome la multa. A usted también y... a usted.

–¿Estacioné mal el auto? Pero si no tengo auto

(dice uno)

–Es por insultar al referí.

–(Y después de intentar entender el formulario de la Justicia Contravencional, y luego de enterarse de que hasta podrían llegar a pagar mil pesos, los tres): ¡¿Qué?!

–Señores, cumplo una orden.

–Pero, ¿quién nos denunció?

–Ah, qué sé yo.

De este diálogo singular entre un agente policial y tres hinchas, Clarín fue testigo el lunes, durante el entretiempe de Defensores-Belgrano de Córdoba. Los hinchas eran de Defe, y estaban en la tribuna del costado del estadio de Núñez, donde no va la barra. Por supuesto que no sólo la barra putea. De los tres, dos estaban con corbata, y por supuesto que de corbata también se putea.

–¿Qué le dijeron al árbitro? (pregunta absurda de Clarín, por eso no contestaron)

La supuesta violación al Código de Convivencia, pareció lograr sus frutos en el complemento: “No turbe el espectáculo con sus fallos”; “señor magistrado, el adversario estiró en exceso su miembro inferior”; “Deberías acogerte a los beneficios jubilatorios” (en este caso, se dirigieron a Luis Artime).

Pequeñas delicias

Las ganas se desbordaban para el campeonato 2000-2001. Se había arañado mucho el ascenso al Nacional y esta vez tenía que ser. Después de entrevistar a cinco técnicos el elegido fue el Loco Omar Santorelli. Le pedí a uno de los dirigentes que me lo presentara, y se armó un encuentro entre los tres en el bar Plaza, frente al Parque Rivadavia de Caballito. Eran las 10 de la noche cuando tras presentaciones y formalidades empezamos a hablar del equipo futuro. En un momento Santorelli se mostró preocupado porque le estaba costando conseguir un 9, no lo conformaban los delanteros que había en el club, ni los apellidos que la dirigencia acercaba. Pero la segunda ronda de whisky me iluminó. Le hablé al Loco de un 9 que Atlanta iba a dejar libre. Comenté lo que me habían contado dos compañeros míos de Clarín, Néstor Straimel y Gaspar Zimerman, fervorosos hinchas bohemios. Que por fin se lo iban a sacar de encima, que hasta se habían hecho banderas suplicando el adiós de ese 9, que se erraba muchos goles y que como a veces pasa, era el jugador punto cuando las cosas no andaban en el equipo, e indiferencia en las buenas porque no había caso, no tenía banca. Pero yo lo había visto en algunos compactos de la tele, y no me pareció para tanto y me animé a la sugerencia. “Mirá Omar, se llama Alianello, porque no lo probás.” Santorelli, impactado, derramó el vaso con gaseosa –yo era el único que tomaba whisky, vale aclarar- y casi gritó: “¡Pero si ése es mi primo! ¿En serio que lo dejan libre? Mañana lo llamo.” Alianello fue a Defe, firmó, y fue el goleador del equipo

y del campeonato con 20 goles, y fuimos campeones y finalmente ascendimos. Pero antes que pasara todo eso, nos quedamos hasta las tres de la madrugada armando posibles equipos con cubiertos, migas de pan y vasos ante el asombro de los sucesivos parroquianos. Llegamos hasta los maníes, que eran los suplentes. Esa noche fue bosquejado el equipo campeón, aunque antes que terminara la primera rueda el Loco se tuvo que ir, y lo reemplazó Guillermo Duró. Es que el equipo con Santorelli empataba casi siempre: se le fue la mano con seis tenedores en el fondo.



El partido contra Dock Sud allá en el Doque fue una historia dramática e imborrable. En medio de una rivalidad encarnizada, Defensores se consagró allí campeón de Primera C en 1992. A los 6 minutos del segundo tiempo Defe lograba su gol, y ganando se aseguraba el ascenso a la B. En los últimos cinco minutos del partido, Dock Sud fue desesperado a empatar, porque con la igualdad mantenía su ilusión de pelear también el título. El vicepresidente en ese entonces, Osvaldo Chiarello, pegada la cara al alambrado, le pidió al árbitro Cesáreo Ronzitti que lo terminara cuanto antes. Y Cesáreo, en medio del dramatismo del juego y del fuego de las tribunas, le contestó como si estuviera en la plaza: “No te preocupés, aunque les dé un año de descuento no les empatan”. Y tiempo después, coincidiendo en un bar, Ronzitti le contó a Chiarello que varios jugadores de Dock Sud querían agravar el lío que ya estaba instalado en las tribunas, con el fin de que el partido se suspendiera y tener otra posibilidad de arrebatarle el campeonato a Defensores. Algunos muchachos del Doque pretendían ser expulsados, para, como es habitual decir, se “pudriera” todo y tal vez forzar otro partido. “Entonces algunos futbolistas de Dock Sud me decían de todo –relató Cesáreo-, me insultaban a mí, a mi

madre, a mi abuela, se referían de mala manera a mi sexualidad, y yo les contestaba: te falta mi prima, una sobrina lejana que se llama Aurora y da con la rima, vamos, más puteadas que ni en pedo los voy a echar...”.



Como digo adelante, el barrio con sus tres campitos linderos a Defe fueron una generosidad hasta excesiva del destino. Y entre tantos regocijos que disfrutamos con mis amigos no debe olvidarse a la Rubia Silvia. Como la “Baronera” que menciono emocionado en el relato de los “Tres campitos”, Silvia también era —y seguirá siendolo— mayor que nosotros. Nos llevaba tres años de vida o algo así, y era flaca y hermosa aunque no sea menester la delgadez para la belleza. Terrible la Rubia. En cuanto escuchaba que usábamos el tercer campito, el que se estrechaba entre 11 de Setiembre y Libertador, se prendía en juegos de pelota que se desbocaban con su presencia. Se metía entre nosotros los pibes meta patada y enjundia, y nos rozaba y erizaba con sus formas desarrolladas. Vivía al lado de la casa de uno de nosotros, el Mosca Gustavo, sobre la calle Besares. Y en un anochecer el Mosca se encontró con el regalo impensado de un abrazo tembloroso de Silvia. Golpeó con fuerza los llamadores de pequeños puños de madera pintados, y estrechando a Gustavo le dijo que estaba aterrada porque el tío andaba a los saltos por los techos. El tío era el primo de su madre al que habían venido a buscar. El tío era aquel personaje famoso, fascista e informante de los Servicios Secretos del Estado (la SIDE), Guillermo Patricio Kelly, que se había subido a su terraza, que había saltado a la casa del Mosca, y de ahí a otra vivienda vecina. Lo estaban buscando por alguna “operación” incorrecta. Después, la Rubia se fue del barrio, y al Mosca qué le importaba Kelly, se quedó esperándola.



La abuela de Walter Bulacio con la camiseta de Fernando Blanco.

[8]

Y sin olvido
Y sin perdón
[capítulo ocho]

Coincidencias crueles

(Publicado por el autor en el diario Clarín, el 25/03/2006)

Se unieron por el mismo dolor que no cesa. Clara y Angel, los padres de Fernando Blanco, el hincha de Defensores de Belgrano fallecido tras una represión policial, y María Ramona Armas, la abuela de Walter Bulacio, el pibe que quiso ver un recital de aquellos Redonditos de Ricota, y tras una razzia policial terminó muerto. Hay muchas coincidencias.

Hay un hincha de Defensores que vio cómo Fernando agonizaba por los golpes en el Hospital Penna el 27 de junio de 2005, y cuya novia es prima de Walter Bulacio. La abuela de Walter, abuelita que no se dobla ni envuelta en la tempestad que vive hace 15 años, se conmovió por la muerte de ese otro pibe inocente, que tenía la misma edad de su nieto, 17. Otra coincidencia y otras. Mañana cumple 77 años, y el lunes se cumple otro aniversario de

la muerte de Fernando. Doña María le prometió a su hijo Víctor, el papá de Walter, antes que el llanto se le agotara y sin lágrimas se muriera de pena en 2001, que no dejaría de esforzarse un sólo día para que paguen los que acabaron con la vida del “bebé”. A Walter le gustaba también el fútbol, amando a San Lorenzo. Los padres de Fernando, aseguran que a su hijo le pegó tanto la policía, que dos días después de aquel partido con Chacarita en cancha de Huracán fue imposible detenerle las hemorragias cerebrales. Doña María dice que con Walter pasó exactamente lo mismo, y que la policía adujo una aneurisma congénita como motivo del fallecimiento. Coincidencias macabras, pero coincidencias.

Las dos familias también coinciden en acusar a la policía de la seccional 35. Norma y Angel aseguran que fue personal de esa jurisdicción la que fue “expresamente” a reprimir, a hacerle “una emboscada” a la gente de Defensores, con sede en el barrio de Núñez: “Nunca nadie nos pudo explicar qué hacían policías de la 35 en Parque Patricios”.

La lucha de la abuela de Walter Bulacio tal vez sea más conocida, y más ardua: 4.000 fojas de expediente judicial, 36 jueces, 26 intervenciones de la Cámara porteña de Apelaciones, dos intervenciones de la Corte Suprema, no sirvieron para castigar a nadie. El principal sospechoso, el comisario Miguel Angel Espósito, sigue en libertad. La abuela seguirá encabezando escraches en la casa del Bajo Flores del comisario. Doña María hecha de roble, saldrá hoy a la cancha en el clásico entre Defensores de Belgrano y Platense con la camiseta puesta que usaba Fernando Blanco. Los padres de Fernando Blanco lo harán con la foto de Walter. Coinciden en el dolor. Mezclados y azorados coinciden en ser bocados de la voraz impunidad.

A un mes de la muerte de Fernando

(Publicado por el autor en Clarín el 27/07/2005)

Seguramente ni frío tendría ahora Fernando, o Peto, como lo llamaban sus amigos. Un mes hace hoy que Fernando Blanco murió como consecuencia de la bestial represión de la policía tras el partido en cancha de Huracán, entre Defensores de Belgrano y Chacarita. Fernando, con sus 17 años, andaba acalorado por la vida con su entusiasmo por las cosas simples: el sólido amor de su familia, las caricias de su novia, unos acordes de los Redondos, un sueño profesional agazapado en la secundaria de la escuela Raggio, y el perfume del barrio, las risas de los pibes, los goles de Defe.

Como no deben olvidarse los hechos brutales, hoy a las 19, en la esquina de Cabildo y Congreso, los que no olvidan marcharán para que Fernando no sea olvido, y se apuren los que se tienen que apurar para dictaminar Justicia. Están citados todos los que aman a los colores de una camiseta, para que otra vez, como en las tres marchas anteriores, haya unión y paz, descubriendo de nuevo que el fútbol es un juego que genera diversión y pasión, y que debería desconocer las agresiones. El fútbol no puede ser todo en la vida, porque si es así en la vida no hay nada. Basta de matar o morir. Y basta de repetir la estrofa “a quién castigarán hoy en lugar de los culpables”. De ninguna manera otra muerte de un joven puede quedar impune. Ya hubo hasta promesas presidenciales de que esta vez habrá castigo a los culpables.

La marcha de hoy va a pedir que no empiecen los campeonatos si aún no se sabe quiénes mataron a Fernando, y ratificará todo

el petitorio que 100 hinchas entregaron la semana pasada en la AFA y que, entre otras cosas, solicita que las filmaciones en las canchas también sirvan para evaluar el accionar policial. Y que en cada partido haya banderas recordando este asesinato.

Fernando Blanco andaría sudando de ilusiones. Y no anda. Y duele tanto.

Navidad sin Fernando

[Publicado por el autor en Clarín el 27/12/2005]

Angel tiene seca la voz. La Navidad parece haberle pasado como el colectivo de la mano de enfrente: indiferente. La muerte de un hijo puede secar la voz y el corazón, y clausura muecas de alegrías, y apaga fuegos y desconecta sonidos.

A Angel también se le viene la otra fecha, un número que lo retuerce. Hoy es 27, y ya pasaron 6 meses sin que su hijo Fernando pudiera hacer desde algún lugar un guiño al mundo, descubriendo que no es mayoría la crueldad. Fernando Blanco murió el 27 de junio, casi 48 horas después de que la policía reprimiera ferozmente la salida del público de Defensores de Belgrano luego del partido jugado en cancha de Huracán ante Chacarita.

Su papá Angel está seguro de que ocurrió una cadena de crueldades en la pérdida de su hijo de 17 años. De su hijo bien cuidado, a punto de terminar el secundario en la Escuela Raggio cercana a Defensores, con novia y todo, y que la tarde del desastre fue a la cancha con su tío y con su primo.

Angel no lo dice pero puede resultarle intolerable el crepúsculo de esta Navidad sin Fernando. A la tardecita del 25 habló sin sed de sidras, con sed de justicia: “La versión policial dice que Fernando se tiró del celular, esposado, y que eso le provocó el hematoma cerebral. Pero lo que tenía roto era el peñasco, una porción del hueso temporal que está detrás de la oreja. Creo que la policía le pegó ahí con una manopla. No tenía golpes en el

cuerpo, y si se hubiese tirado como dicen, del móvil en movimiento, debería haber mostrado moretones. Lo que pasó fue que luego de golpearlo, lo llevaron a la seccional N° 28, después de varias horas se dieron cuenta que estaba mal, y un médico policial dice que lo vio en el Hospital Muñiz. Dice que Fernando le contestó que tenía 15 años. Ya estaba mal. Pero lo dejaron en la guardia porque aseguraban que en ningún hospital había lugar en terapia intensiva. Mi esposa recién lo encontró en el Hospital Penna, custodiado por dos policías. Se ve que ya presagiaban algo. Mi hijo alcanzó a hablar con ella y le contó ‘mamá, los policías me cagaron a palos’, y enseguida se puso a llorar. En el Penna, a mi esposa le dijeron que en tres horas lo daban de alta. Hasta que por fin le hicieron la tomografía, y ahí aparecieron las consecuencias de los golpes en la cabeza. Recién ahí pudimos llevarlo al sanatorio de Belgrano de mi obra social, Osecac, que siempre se había negado a trasladarlo. En el sanatorio me aseguraron que si a mi hijo lo llevábamos unas pocas horas antes, lo salvaban”.

Angel dice que por fin pudieron sacarle la causa al titular del Juzgado N° 26, el doctor Azorín, quien “sólo tomó testimonios a la policía”.

Angel ahora se pregunta y se pregunta: “La disposición de seguridad dice que el público visitante es el primero en salir. A la gente de Defensores, que era visitante en Huracán, la hicieron salir 40 minutos después que saliera la de Chacarita. Y no esperaba sólo la policía de la seccional 28, estaba la brigada de la comisaría N° 35, la que corresponde a Defensores. ¿Qué hacía ahí? Esto fue una emboscada. Y a los policías que le pegaron a mi hijo los sigo viendo por el barrio. Aunque a algunos, casualmente los trasladaron. Sólo está separado el cabo Lagorio, el que manejaba el móvil policial. Acá se quieren tapar muchas cosas,

hay muchos policías identificados en la brutalidad de esa tarde. Pedimos que los testigos se presenten, ahora que cambiamos de juez. Y eso que en su momento el presidente Néstor Kirchner y el ministro del Interior, Aníbal Fernández, pidieron una investigación a fondo...”

Fernando era un pibe bueno que nada tenía que con barras ni violencias. Como tampoco otros chicos, chicas, personas adultas y hasta ancianos que el 27 de junio fueron apaleados a la salida de la tribuna visitante de la cancha de Huracán.

Hoy se cumplen seis meses. Angel se despide con voz seca y sin Navidad.

Marcha de la bronca I

(Publicado por el autor en Clarín el 08/10/2005)

Serenatas de algarabías solía oír Fernando Blanco en el impulso natural de sus 18 años. Ya no escucha ni goza de un modo terrenal, aunque es posible que desde algún sitio no apto para humanos sin inocencia, nos esté observando. Y a Fernando, el pibe que murió el 27 de junio tras la asesina represión policial contra todo el público de Defensores de Belgrano, luego del partido en cancha de Huracán contra Chacarita, le debe asombrar en su condición de ángel la rara postura de los hombres de buscar el olvido. Porque tal vez considere con razón que es más fácil y feliz ser justos, con premios a los probos y condenas a los miserables. Pero la Justicia de este país suele sufrir fatigas de memoria, y olvida o tarda tanto que es lo mismo que el vacío. Nada se sabe de la causa judicial contra los policías involucrados, que no fueron sólo dos de un patrullero, y en el que hubo jefes y autoridades claramente identificables. El presidente Kirchner prometió rápidos esclarecimientos, pero parece que fue un anuncio de campaña. Cómo hacer campaña con el dolor...

Menos mal que están los sentimientos: el olvido les teme. Por eso hoy, los amigos de Fernando, citan a las 14, en la cancha de Defensores, dos horas antes del partido con Tristán Suárez, para volver a reclamar que pase algo alguna vez. Y hasta conformaron una agrupación que se llama “Hinchas sin violencia”, a la que adhirieron muchos seguidores del Ascenso, pero no se conforman. Sin colores de ningún equipo tratan de mostrar por todas partes su bandera argentina con la leyenda “Justicia por Fernando”, y

también imprimen manifiestos donde repudian a la Policía, pero también a las barrabravas y a los dirigentes que las apañan, al mercantilismo y la falta de ecuanimidad de la AFA, a funcionarios de Seguridad como Javier Castrilli, y tanto más. Y proponen que los 90 minutos que apasionan se consuman en los 90 minutos, que vuelen papelitos, que las banderas flameen, que haya cantos y hasta el folclore de las cargadas, pero que no se salte el umbral que lleva a la violencia. Es que, dicen, además de no tener sentido la violencia y resultar patética, el que se favorece con ella es cierto sistema de poder.

Qué bueno sería que todos los hinchas pensaran así. Qué bueno sería que Fernando Blanco fuera hoy a la cancha.

Marcha de la bronca II

(Publicado por el autor en Clarín el 25/06/2006)

Hoy habrá marcha de la bronca. Se acallarán ecos del Mundial porque todo pierde sentido ante la muerte, y más cuando la muerte se anticipa tanto y es tan cruel. En Avenida Libertador y Pico, a las 18.15, familiares y amigos de Fernando Blanco se concentran para gritar ruegos de justicia cuando se asoma, como un nubarrón atroz, el 27 de junio, otra vez esa fecha, la del adiós de ese pibe de 17 años que jamás pensó en morir. Se cumple así un año de nuevas montañas de silencios, de otro chico que se va por la brutalidad y por los graves defectos de un fútbol doméstico alejado de las perfecciones alemanas que dan por TV. Fue un 27 de junio de 2005 cuando falleció Fernando por un ede-

ma cerebral adjudicado a la cruenta represión policial practicada por policías de las seccionales 28 y 35 dos días antes, cuando Defensores de Belgrano y Chacarita terminaron definiendo por penales su permanencia en la B Nacional. Un partido que nunca debió jugarse si los reglamentos no dependieran de la ocasión: días antes, la barra de Chacarita, en un partido ante la CAI, había ingresado al campo y atacado y desnudado a todos los futbolistas. Era una obviedad el descuento de puntos a Chacarita, que con un punto menos perdía la categoría. Pero la AFA tapó con el codo el reglamento.

La policía retuvo 45 minutos a la gente de Defensores, que era visitante en el estadio de Huracán: otro bollo a la reglamentación. Y ni qué hablar de la ley, aturdida de tanto palazo a un pibe como Fernando que no era barra, a chicas que no son barras, a gente mayor que tampoco. Un penoso deambular por los hospitales Muñiz y Penna. Demoras en la atención de Fernando que se despidió llorando en los brazos de su madre: “Mamá, la policía me molió a palazos”. Desatinos más desatinos hacen un despropósito gigante, del tamaño de la muerte de un chico de 17 años. Ya pasó un año como si tal cosa. De la Justicia ni señales. Sólo silencio sobre inocentes.



Un mural de Fernando en la escuela Raggio, que fue su escuela.

El precio de la impunidad

(Publicado en Clarín el 25/09/06)

Ya van a cumplirse 15 meses de la última muerte en un estadio de fútbol. Fue la del pibe Fernando Blanco, hincha de Defensores, en la cancha de Huracán, tras el desempate con Chacarita para resolver cuál de los equipos descendía. La reglamentación tan permeable de la AFA decía hasta un mes antes a ese 25 de junio de 2005 que los clubes cuyos hinchas provocaran incidentes que hicieran suspender el partido serían sancionados con quita de puntos. Hinchas de Nueva Chicago, en su estadio, provocaron una batalla campal frente a Huracán. Hubo descuento para el club de Mataderos, que lo ponía al borde del descenso. Después fue Chacarita, en San Martín. Muchos de sus barras atacaron a sus jugadores, a los de la CAI, los robaron, los ultrajaron, atacaron a fotógrafos, a autoridades, gravemente con armas blancas a periodistas de TyC Sports. A nadie se privó de su instante de terror. Chacarita se iba derecho a la B Metropolitana, porque además su puntaje no lo ayudaba. Le iban a descontar, iba a haber sanción ejemplar, pero de repente, Julio Grondona dijo que los puntos debían obtenerse en la cancha, y chau reglamento: Chicago y Chacarita perdonados. Con instituciones de menor peso no se actuó con la misma vara. La vara fornida la usó la Policía para dar y dar la tarde del partido incomprensible en Huracán, y acabó con la vida de Fernando, un inocente de 17 años que viviría si el partido no se hubiera jugado. Mi hija fue esa tarde, se salvó de milagro y descubrió la impunidad en su esplendor. Desde entonces cree menos. Pero es tan joven. Los padres de Fernando otra vez no recibirán consuelo, ni de la Policía, ni de la Justicia, ni de la AFA, ni de la vida...

Marquitos Zucker

[Publicado por el autor en el diario Clarín el 16/03/2000]

Parecía irreal Marquitos cuando absorbía cada minuto como el último. No podía ser tanto entusiasmo. Andaba con los cachetes encendidos, transpiraba cuando hacía frío, porque a cada cosa le dedicaba todo y no había que pedirle por favor a sus entrañas. Tenía su lugar en el mundo en Núñez, cerquita del río y del fin porteño de la Avenida Libertador. Porfiado, insistía con que ése era el Bajo Belgrano, para que no le hicieran caso a los de Excursionistas. Es que por esas extrañas transfusiones que genera el fútbol, por las venas de Marquitos corría sangre roja y negra, los colores de su amado Defensores de Belgrano. El país ardía por libertades en aquel 1972, justo cuando Defe daba la vuelta olímpica por ese “Quenón que está de joda”. Quenón era René Houseman, y a Marquitos le hervían los cachetes, porque su Defe volvía a la B y su jefe al país: Juan Perón. De tan soñador, de tan azul su mirada, Marquitos creyó que para siempre se terminaban la dictaduras, y voló e imaginó igualdad, justicia y un mar de caras sonrientes. El tiempo pasó, y mientras ejercía el liderazgo en la hinchada de Defe en base a su eslogan de “defender los colores sin violencia”, crecía su militancia para defender el sueño de la patria justa. El tenebroso proceso que inauguró Videla lo agarró en su estado natural: la frescura. Lo tuvieron mal en uno de los pozos malolientes de la dictadura, pero su papá, el actor Marcos Zucker, pudo salvarlo. Lejos del país, Marquitos aguantó hasta marzo del 80, cuando

su Defe y su país que había que reconstruir pudieron más que su seguridad: se supo que con una camiseta roja y negra quiso pasar un puesto fronterizo. No se supo más de Ricardo Marcos Zucker. Y de eso hoy hace 20 años.

INDICE

Prologo

De fe Martín y yo (Diego "Chavo" Fucks)	9
---	---

Capítulo 1

Colores que adornan nuestros sueños	13
-------------------------------------	----

Cien años parece cuento	15
-------------------------	----

Capítulo 2 El barrio y los años felices

Los campitos	17
--------------	----

El paraíso en un radio de 50 metros	22
-------------------------------------	----

El amor por Juana Molina	27
--------------------------	----

Capítulo 3 Cuando todo comenzó

El sueño de los héroes	31
------------------------	----

La era el Dragón	38
------------------	----

Y cuando todo volvió a empezar	41
--------------------------------	----

Capítulo 4 Historias íntimas de los títulos

1967 Angelito Labruna y don Pío	45
---------------------------------	----

1972 René el Loco Quenón Hueso Houseman	49
---	----

1992 Un camino cruento	52
------------------------	----

2001 Odisea de un sueño	56
-------------------------	----

Capítulo 5 Jugadores queridos

Guillermo Willy Aldaz	59
-----------------------	----

Hugo Casco Rodríguez	61
----------------------	----

Gabriel Gaby Pereyra	62
Rodolfo el Flaco Chiti	66
A propósito el Loco y Excursio	69
El Negro Arbelo y el Paraguayo Correa	71

Capítulo 6 Partidos que no voy a olvidar

19 de setiembre de 2004	77
El día de la primavera más feliz	80
El 2 a 0 a Excursio	85

Capítulo 7 Sonrisas que no voy a olvidar

El Diego es de Defe	89
Chuenga también era de Defe	92
El paradero de la pelota que Kijima mandó a Libertador	94
Con sombrerito escocés en el Doque	97
Andá a...	100
Pequeñas delicias	101

Capítulo 8 Y sin olvido y sin perdón

Coincidencias crueles	105
A un mes de la muerte de Fernando	107
Navidad sin Fernando	109
Marcha de la bronca I	112
Marcha de la bronca II	113
El precio de la impunidad	115
Marquitos Sucker	116

Impreso en MPS
Buenos Aires, diciembre de 2006



www.librosalarco.com.ar

Martín Sanchez: borssoa17@yahoo.com.ar



Martín Sánchez

CORAZON PINTADO

...a Martín Sánchez lo conozco hace más de 20 años. Sé de sus ideas, sé de su talento para apretar las teclas de una Olivetti o de una compu, no necesito que nadie me lo diga. Y tampoco necesito que nadie me diga de su amor incondicional por Defensores. Atesoro cada broma al regreso de la cobertura de los partidos del ascenso en la añorada redacción de Tiempo Argentino.

Señores hinchas de Defe: sepan que este libro es de un autor que posee ingredientes fundamentales para que sea fascinante: primero, un tipo que escribe como pocos. Segundo, un tipo que ama a este club como pocos. Como casi nadie, diría...

Diego Chavo Fucks

ISBN 987-1367-01-5



9 789871 367016

ediciones
al arco